

# LA PROTESTA

PCRTE  
PAGO

SUPLEMENTO QUINCENAL

AÑO VII  
N.º 288

BUENOS AIRES, JULIO 19 DE 1928

El ejemplar  
20 Centavos.



## *SUMARIO DE ESTE NUMERO :*

Apostilla polémica en torno a la anarquía y el fascismo, D. A. DE SANTILLAN—El capitalismo moderno, Redacción—Teoría y táctica. Intereses e ideales, LUIS FABBRI—Los seis caminos, RUDOLF ROCKER—Los anarquistas y los socialistas. Afinidades y contrastes, ERRICO MALATESTA—Precursores del socialismo antiautoritario en México, J. C. VALADES—Los elementos fundamentales de la organización social, PIERRE RAMUS—Miguel Bakunin desde sus comienzos hasta 1864, MAX NETTLAU—El próximo número de esta revista. — Bibliografía

D. A. DE SANTILLAN

## Apostilla polémica en torno a la anarquía y al fascismo

Si dispusiéramos de tiempo libre para escribir algunos estudios detenidos que salieran del campo de la polémica superficial, nos dedicaríamos a demostrar de una manera posiblemente convincente que el fascismo, — una reacción capitalista-estatal contra la idea de la revolución, — tiene profundas raíces intelectuales precursoras y una doctrina hasta cierto punto seductora — la del nacionalismo, — tan seductora que un Bakunin se ha visto casi toda su vida prendido en sus redes, y que un Kropotkin se dejó llevar por ella en 1914. Eso sin hablar del socialismo marxista, que ha caído casi por completo en la órbita del nacionalismo, es decir de la reacción estatista, del culto a la autoridad y a la integridad nacionales.

Demostraríamos también que el anarquismo atraviesa un período de crisis intelectual, de pobreza creadora, de relativa incapacidad para afrontar los diversos problemas de la vida moderna, política y económica, y que se contenta en un grado desesperante con una repetición verbalista de conceptos y una imitación mecánica de actitudes, no siempre con un substrato mental reflexivo.

Y de esa manera terminaríamos la casi polémica iniciada por el compañero Aldo Aguzzi en torno al anarquismo y al fascismo. Y esa casi polémica tendría entonces un poco más de interés, porque por nuestra parte, poco más haremos ahora que reafirmar nuestra manera de ver las cosas, sin aportar mayores pruebas a causa del motivo que invocábamos más arriba.

Aclaremos por tanto algunos conceptos expresados en los artículos que motivaron las réplicas de Aguzzi, en la revista "Humanidad" y ahora en el número 5 de "L'Allarme".

Dos son los puntos esenciales de disidencia. Nosotros afirmamos que el fascismo tiene hondas raíces intelectuales y que el anarquismo no presenta un frente de lucha bastante eficiente en el terreno intelectual contra la doctrina del nacionalismo, es decir contra el fascismo.

Para demostrar lo primero en el caso de Italia, tendríamos que iniciar una larga exposición histórica, desde antes de la guerra, durante la

guerra, sobre el interventismo, etc., hasta llegar a la época en que Mussolini hizo de los fascios un instrumento consciente de reacción al servicio de las altas finanzas y de los grandes industriales.

El nacionalismo, o sea el fascismo en germen, es creado y sostenido por escritores, poetas, periodistas, profesores, burgueses de diversas categorías; puede expresarse en muchas formas: una de ellas es la guerra, la agresividad contra el exterior, otra la de la reacción: la agresividad contra los enemigos de dentro.

Como no queremos ser diputados ni halagar ningún sentimiento demagógico, diremos que si el nacionalismo como doctrina es fruto de los ambientes intelectuales, como movimiento, como acción, sea de guerra sea de reacción, no sería nada sin la adhesión popular. No hace muchos años que estalló la guerra europea y en ella se ha podido ver que no eran justamente sentimientos antimilitaristas los que inspiraban a las masas del pueblo cuando eran llamadas a defender la patria; al contrario, el antimilitarismo era más bien un fenómeno excepcional; la regla era la locura patriótica; se veía partir a los jóvenes soldados para el matadero con la canción de la embriaguez patriótica y nacionalista en los labios.

Y casi diríamos lo mismo de la reacción fascista; ésta, como la guerra, beneficia exclusivamente a las clases privilegiadas, pero no es un acontecimiento puramente burgués; sin la adhesión más o menos activa de grandes masas de trabajadores, de proletarios, no sería posible. Ahora bien, el fascismo como movimiento halló un gran eco en una parte del proletariado. No fué la burguesía italiana la que creó el grueso de las bandas criminales, sino elementos del pueblo, obreros. Y obreros fueron los que consintieron, unas veces sin darse cuenta, otras sin quererlo y otras a causa de su pasividad, el advenimiento del fascismo. Las vanguardias rebeldes fueron diezmadas, no sin antes haber mostrado los dientes al fascismo; pero esas vanguardias no son más que una parte de los trabajadores; la mayoría de éstos, si no se adhi-

rió, contempló al menos pasivamente el advenimiento del fascismo, en cuyas filas habían ingresado muchísimas fuerzas obreras.

He aquí, pues, una nueva herejía. El nacionalismo, o sea la fase primera del fascismo, tiene un origen intelectual, como se demuestra palpablemente por el mismo ejemplo de la Argentina; pero el nacionalismo no triunfa como fascismo sin la complicidad activa o pasiva de los trabajadores; y esa complicidad no se niega por el hecho de que una minoría revolucionaria se resista y sucumba heroicamente en la resistencia. Como no niega el hecho de la locura nacionalista de los pueblos la existencia de algunos casos de consecuencia antimilitarista. Ni la guerra ni la reacción son factibles por la sola voluntad de las clases privilegiadas, porque éstas, si son capaces de acapararse los beneficios de una y de otra, no es precisamente en las trincheras ni en los ataques efectivos de la reacción donde sobresalen.

No es tan natural como Aguzzi cree que las ideas revolucionarias penetren especialmente en las clases inferiores y las reaccionarias en la burguesía. Recordemos en contra que hasta la revolución de 1789, casi todos los movimientos revolucionarios habían sido burgueses; y constatemos ahora que las ideas reaccionarias no son patrimonio exclusivo de la burguesía, pues los trabajadores se están haciendo ver, como bolchevistas y fascistas, en las primeras filas de la reacción militante, incluso con sus antiguos jefes de origen proletario. Para que el caso Sacco y Vanzetti suscitara en el mundo tan vivos sentimientos de solidaridad, ha sido preciso que interviniera la burguesía liberal de los diversos países en la tribuna, en la prensa, etcétera.

Esto no conmueve nuestra fe en la rebelión del proletariado, pero demuestra que no nos hacemos en ilusiones sobre la actitud de los trabajadores frente al fenómeno del fascismo internacional. Continuaremos como hasta aquí esforzándonos por persuadir a los productores que la revolución de la libertad interpreta sus intereses y responde a sus más íntimos sentimientos; procuraremos desarrollar en las clases trabajadoras la idea de una transformación social libertaria, pero justamente en ese esfuerzo nos damos cuenta del grado en que el proletariado sufre todavía la influencia de la burguesía y de sus agentes, influencia que le hace ir alegremente a la guerra o empuñar el arma fratricida en los movimientos de la reacción, para remachar las propias cadenas de la esclavitud.

Hemos mencionado a la Argentina. Si mañana un generalote cualquiera diera un golpe de

Estado triunfal, Aguzzi, como en el caso de Italia, vería el fascismo en el acto audaz del general imaginario, y nosotros diríamos que el golpe de Estado fascista tiene profundas raíces intelectuales, y con ello nos referiríamos a la propaganda nacionalista por el libro, por la prensa, por la tribuna, por la escuela, de que vinieron ocupándose intensamente en los últimos quince o veinte años escritores, poetas, profesores, periodistas, etc. Esa propaganda ha preparado la mentalidad popular para la implantación de la dictadura y la supresión de las actuales mentiras democráticas en un sentido regresivo.

Nosotros, anarquistas, haríamos cuanto estuviera de nuestra parte para evitar el golpe de Estado, naturalmente; pero, una vez derrotados, no interpretaríamos nuestra misión antidictatorial como un mero problema de fuerza, sino que trataríamos, como tratamos hoy, de crear un movimiento de opinión y un sentimiento de repudio contra el fascismo, mediante el ideal de una vida moral, política y social superior, y eso sería un esfuerzo intelectual, en favor de cuya fortificación apelamos hoy a todas las buenas voluntades.

"El fascismo es violencia" — dice Aguzzi. — "En consecuencia nos impone ante todo un problema de fuerza".

En la segunda parte, como se ve, no estamos de acuerdo, porque al ver en el nacionalismo la raíz del fascismo, nosotros sostenemos que es preciso crear ante todo un fuerte movimiento de opinión o, si se quiere, intelectual y sentimental, contra el nacionalismo, y de ese modo privamos al fascismo de su piedra angular.

Hay lamparillas eléctricas que alumbran más y otras que alumbran menos; las hay que apenas irradian en las tinieblas y las hay potensísimas. La figura retórica nos la proporciona Aguzzi mismo, y nosotros la aprovechamos para hacer hincapié sobre nuestra afirmación relativa a la pobreza intelectual del anarquismo presente.

Como hay lamparillas eléctricas de diversas potencias, hay cerebros de fuerza distinta; unos no alumbran más allá de las narices y otros fulguran a través de los años y de los siglos.

Y lo que venimos repitiendo desde hace años es que los mejores cerebros del anarquismo han desaparecido o están próximos a desaparecer y que en la juventud no se advierten disposiciones para ocupar los puestos vacantes; en consecuencia, hemos venido hablando de una crisis intelectual del anarquismo. ¿Es posible dudar

de esto cuando constatamos todos los días la deficiencia apuntada? ¡Cuánto daríamos por ser nosotros los equivocados en esa constatación!

Hemos dicho que nos encontrábamos vacilantes en la interpretación del fenómeno fascista. Aguzzi dice que no; nosotros decimos que sí, y la prueba más cercana es esta misma discusión.

No representa ninguna sutilidad la distinción que hacemos entre nuestra incapacidad y las posibilidades que entraña la anarquía; si nuestro cerebro no alumbraba bastante, eso no es un argumento contra la esencia de la anarquía, y a lo que aspiramos nosotros es a que haya en el anarquismo cerebros luminosos capaces de presentar una batalla más intensa y más amplia al fascismo que la que presentamos actualmente con nuestras fuerzas, que reconocemos deficientes.

Decimos más: no sólo decimos que el anarquismo no afronta con bastante eficacia el fascismo; no afronta tampoco con muy buenas

perspectivas el peligro de la guerra que viene. ¿Deduce Aguzzi de eso un fracaso de la anarquía? Es una deducción arbitraria. Es como si al lamentarnos del cese fulgor de una lamparilla eléctrica, supusiera que confesamos la bancarrota de la electricidad.

¿Qué dónde nace una poesía fascista, un arte fascista, una filosofía fascista? Desgraciadamente es mucho más fácil responder a esa pregunta que a la opuesta: ¿Dónde queda una poesía no fascista, un arte no fascista, una filosofía no fascista? No debemos encerrarnos en la cáscara de huevo de nuestros pequeños grupos y negar la existencia del mundo exterior o imitar al gallo de Rostand, que se figuraba que el sol no podría salir si él no cantara. Casi todo el arte, casi toda la literatura, casi toda la filosofía modernas expresan mucho más la doctrina nacionalista y reaccionaria, autoritaria, del fascismo que la doctrina de la libertad y de la justicia. Esto no requiere demostración.



TRABAJO

## EL CAPITALISMO MODERNO

MAJOR RENDIMIENTO PRODUCTIVO, MAYORES GANANCIAS CAPITALISTAS Y MAYOR DESOCUPACION OBRERA

Nada nuevo hay bajo el sol y por consiguiente tampoco es nueva nuestra tesis de la mayor capacidad productiva del capitalismo moderno, de las mayores ganancias capitalistas y de la mayor desocupación obrera, es decir de la mayor miseria; todo simultáneamente.

La paradoja no está en nosotros sino en las condiciones características del régimen capitalista.

Dejemos hablar a los hechos:

En el "Weekly People" de New York, el escritor Evans Clark ha publicado hace unos meses un estudio sobre el aumento de la producción con la disminución simultánea de la cifra de los obreros ocupados. Damos esas cifras según un resumen que nos proporciona una agencia informativa alemana. Según las estadísticas norteamericanas, tomando como base en 1914 la cifra de 100 para el personal ocupado y para la producción hecha, tenemos en 1919 un término medio de personal de 129, mientras que la producción es de 147 comparada con la de 1914; en 1923 el personal llega a la proporción de 126 mientras que la producción había aumentado a 163; en 1925 los trabajadores llegaban a 117, pero en cambio la producción llegaba a 170; en 1927 la desproporción era mayor, siendo de 115 para el personal y de 170 para la producción. La progresión ha ido creciendo en la misma forma, es decir aumentando la producción y disminuyendo el personal.

Un hecho más concreto aun es el de los guardas ocupados en el ferrocarril urbano de New York; hace 10 años cada plataforma del coche llevaba un guarda, que abría y cerraba la puerta. Ahora ese trabajo se hace mecánicamente, gracias a un aparato de aire comprimido; con frecuencia basta un solo guarda para todo el tren; de esa manera se redujo el número de los guardas en un 25 por ciento, no obstante la comprobación de que en el mismo período le cifra de los pasajeros aumentó un 50 por ciento.

En la construcción, una grúa a gasolina hace el trabajo de 10 o 12 obreros encargados del transporte del material. La argamasa es mezclada y llevada al lugar de su empleo sin necesidad de un solo hombre. Una sociedad constructora de Ohio ha manifestado que con el 15 por ciento menos de personal ha realizado un 11 por ciento más de trabajo que en 1923, gracias al empleo de procedimientos mecánicos de trabajo.

He aquí el resumen de las investigaciones aludidas de Evans Clark:

En la industria del petróleo el rendimiento del trabajo aumentó un 84 por ciento; en cambio el personal fué reducido un 5 por ciento desde 1923 a 1927; en la industria de los artículos de consumo la producción aumentó un 20 por ciento y el personal disminuyó un 19 por ciento en el mismo período; en la industria del tabaco la producción aumentó un 53 por ciento y el personal disminuyó un 13 por ciento; en

los ferrocarriles el rendimiento aumentó un 30 por ciento y el personal se redujo un 1 por ciento; en la fabricación de automóviles la producción aumentó un 69 por ciento; en el tejido de algodón la producción aumentó un 3 por ciento y el personal disminuyó un 13 por ciento; en los instrumentos eléctricos la producción aumentó un 10 por ciento y el personal disminuyó un 6 por ciento; en el ramo de la madera la producción decreció un seis por ciento, pero el personal disminuyó en un 21 por ciento; en la extracción del carbón la producción aumentó un 4 por ciento, y el personal necesario disminuyó un 15 por ciento; en la industria del acero la producción aumentó un 8 por ciento y el personal disminuyó un 9 por ciento.

El anverso y el reverso de la medalla lo tenemos en lo que sigue:

Ojeando las publicaciones burguesas tropezamos a cada instante con himnos a la racionalización, que difícilmente ocultan los íntimos pensamientos o mejor las codicias que los inspiran. En la revista "Cataluña textil" (Nro. 259) leemos, por ejemplo: "La racionalización es de suma importancia desde el punto de vista económico y desde el punto de mira humano. Supone dar al trabajo su máximo rendimiento con el mínimo de esfuerzo, puesto que evita la pérdida de primeras materias, de tiempo y de energía vital"...

El reverso es este: En la misma revista se nos dice en un artículo sobre la industria algodonera en Estados Unidos: "La mecanización del cultivo, que cada día se va extendiendo, permite a una sola familia cuidar de 160 acres en lugar de 20 acres que cultivaba ordinariamente".

Y hablando de las recolectoras automáticas de algodón que han comenzado a ensayarse con buen éxito, vemos que una de esas máquinas elabora diariamente de dos a cinco balas, lo que equivale a la labor de dos hombres ocupados a mano durante ocho o quince días. Con la introducción de esas máquinas recolectoras "se realiza una economía de 1 3/4 penique por libra. En la actualidad los obreros recolectores mexicanos avanzan de sur a norte siguiendo la época de la cosecha y dentro de pocos años veremos los tractores arrastrando las máquinas de recolectar de campo a campo hacia el norte siguiendo la madurez de las plantas"...

El hombre sustituido por la máquina, ese es el reverso de la medalla de la racionalización; el anverso es la mayor ganancia del capitalismo.

Ahí vemos que la agricultura ya no es un espectáculo de los obreros sin trabajo en la industria; los desocupados de la industria se encuentran a medio camino con los desocupados de las labores del campo. Ojalá de ese encuentro surja alguna solución fecunda.

Aportar más ejemplos probatorios de la verdad innegable que una de las características modernas del capitalismo es la mayor capacidad productiva con un número progresivamente menor de brazos humanos necesarios, está demás, al menos mientras no se intenta, contra la razón, rebatir ese hecho mil veces comprobado.

El fenómeno anterior es causa de diversos efectos sucesivos. El primero es la desocupación obrera en proporciones nunca vistas y con una cronicidad inaudita.

La desocupación produce un decrecimiento de la capacidad de consumo de los trabajadores, y ese decrecimiento es a su vez causa de agravamiento de la crisis industrial, por su repercusión en el mercado interno y externo.

Son conocidas universalmente las opiniones del multimillonario Henry Ford sobre los altos salarios y su significación favorable a la prosperidad industrial. Esas ideas son poco compartidas por los capitalistas, pero sin embargo alguna vez se levantan voces que abogan en ese sentido, no sólo desde el terreno de la economía teórica, sino desde el propio seno del capitalismo.

A principios de octubre de 1926, el administrador principal de la Compañía General de Electricidad de París, dijo en una asamblea de accionistas:

"Quisiera poder tratar ante vosotros la cuestión de los salarios, pues de llegar a una buena solución tendría la doble ventaja de asegurar a los trabajadores una vida más amplia, y aumentaría la capacidad de consumo del país.

Después de referirse a la necesidad de aumentar los salarios, agregó:

"Con seguridad que se me objetarán las consecuencias que fatalmente ejercerá sobre los precios de fabricación, es decir sobre el costo de la vida. Permíteme que deje de lado tal objeción, porque yo no puedo creer que el obrero más confortablemente alojado, más sanamente nutrido y que pueda permitirse frecuentes distracciones, no producirá más y mejor. Es más. En todo caso debo afirmar que aumentada la capacidad del consumidor, esparcirá alrededor suyo cierto bienestar, lo cual permitirá, por una producción cada vez más intensa, reducir el precio de los productos. En América el obrero de oficio está pagado lo suficiente como para poder distraer de su salario el importe de un automóvil: lo que explica la prodigiosa prosperidad de tal industria en América, cuya producción actual pasa de cuatro millones de coches por año, cuando nosotros no llegamos a 200.000. Yo estoy convencido de que tenemos un interés moral y material en operar la elevación del salario de que hablo"...

Esas voces no son muchas, pero son elocuentes.

El fabricante francés de automóviles, André Citroën, se aproxima algo al pensamiento de Ford sobre la elevación de salarios como un beneficio que repercute mucho más favorablemente en las ganancias capitalistas que en las proletarias.

Una cosa es cierta: que el aumento de salario aumenta la capacidad de consumo de los trabajadores y como el mercado más importante y decisivo de un país será siempre el mercado interno, todo lo que tiende a intensificar y agrandar ese mercado es un factor de reanimación industrial.

He aquí una estadística sencilla: En los Estados Unidos hay un automóvil por cada cinco personas;

en el Canadá 1 por cada diez habitantes; en Francia 1 por cada 53; e Bélgica 1 por cada 60; en Rusia 1 por cada 7.000 habitantes.

¿Qué dicen a la reflexión esas cifras? Que el mercado interno es poco menos que infinito y que nunca estará suficientemente saturado en el régimen capitalista; dicen también que la vieja norma de los economistas y de los capitalistas de poner todas las miras en el mercado exterior, tendrá que ser sustituida tarde o temprano por lo que podríamos llamar la conquista del mercado interior, y la conquista de ese mercado supone un aumento de los salarios obreros, porque el proletariado es el más grande consumidor.

La reducción de la jornada de trabajo tendría por algún tiempo una influencia importante en el consumo de un país; pero pasados unos años sería forzoso pasar al aumento de los salarios para que fuera posible mantener en funciones el inmenso aparato de producción montado por el capitalismo y que contribuirá seguramente a multiplicar sus contradicciones y a acelerar su ruina.

Pero el aumento de salarios tiene también otro aspecto:

Todos los ensayos hechos hasta aquí por capitalistas más o menos inteligentes, ensayos hechos en algunos casos por impulso propio, pero generalmente por la demanda imperiosa de sus obreros, han demostrado que un aumento del bienestar material de los trabajadores tuvo siempre por resultado un acrecentamiento de su capacidad productiva. No es el capitalismo el que sufre en su vitalidad o en su estructura por el hecho de pagar más altos salarios a los obreros; al menos no sufre momentáneamente; al contrario, aumenta sus ganancias, porque la producción es mayor y el pequeño sacrificio que hace por una parte lo recupera con creces por otra.

Un salario suficiente para cubrir las principales necesidades de un obrero, una jornada corta de trabajo, ponen al hombre en condiciones favorables a una multiplicación de la intensidad del esfuerzo; con ello se beneficia el capitalismo, es verdad; pero también el proletario obtiene su parte, aumentando el confort de su existencia, librándose de muchas privaciones humillantes y satisfaciendo algunas necesidades que no hubiera podido satisfacer con un salario irrisorio, y tal vez ni siquiera sentir después de una jornada agotadora.

Estamos atravesando hoy un largo período de bajo nivel de vida, de salarios extremadamente bajos. El capitalismo se empeña en tomar sus medidas, en tentar sus vías de salida sin tener en cuenta para nada el factor proletario. Las innovaciones mecánicas y los nuevos métodos de producción, permiten a los capitalistas dejar casi a un lado al obrero como productor o considerarlo apenas de una manera secundaria en sus cálculos; pero no en todos los países está el mecanismo de la producción a esa altura, y por otra parte, si se excluye al proletariado, como se hace ahora, en número creciente del proceso productivo, se le excluye también del mercado del consumo, al menos relativamente, porque el obrero desocupado tiene que circunscribir hasta lo inconcebible la satisfacción de sus necesidades más imperiosas.

No es, pues, ninguna profecía la que hacemos cuando decimos que sin el aumento del nivel de vida de los trabajadores, sin condiciones de trabajo más tolerables, sin un más grande mercado interior, en una palabra, el mundo capitalista no superará la crisis en que está debatiéndose desde hace diez años.

Si quisiéramos demostrar ahora que las ganancias de las grandes empresas capitalistas son mayores que antes de 1914, no tendríamos más que tomarnos el trabajo de comparar los resultados de los informes financieros. Es una labor que está al alcance de todos y que por lo demás no necesita ninguna demostración. En la Argentina saben todos que, por ejemplo, los ferrocarriles, hace muchos años que vienen pagando dividendos muy superiores a los legalmente autorizados, no obstante perfeccionar sus servicios y ampliar sin cesar sus redes. Y, como dijo en junio de 1927, en una sesión de la Liga de las Naciones de Ginebra, el delegado inglés Laytor, Europa gasta anualmente más de 11 mil millones de francos oro en la industria de la guerra, a pesar de sus 10 millones de obreros desocupados.

Pero aunque no queremos recargar a los lectores con más cifras, no nos resistimos a dar una idea de cómo los capitalistas, mientras procuran reducir el costo de la producción en contra de los trabajadores, no proceden con el mismo criterio en cuanto a los capitalistas mismos se refiere.

A continuación damos una serie de consideraciones y de datos ilustrativos, tomados de un artículo escrito hace un par de años:

"Hay en Alemania unas 18.000 sociedades por acciones; su dirección se compone de personas a sueldo y honorarias; las primeras son los directores y las segundas los miembros del consejo de administración. Sería curioso averiguar, sin embargo, cuáles son más caros, ¿los directores a sueldo o los consejeros de administración honorarios?"

Se ha hecho una estadística de 606 sociedades por acciones que negocian en la Bolsa de Berlín. Esas 604 sociedades abarcan un capital en acciones de 5.188 millones de marcos. El número de sus directores en 1913 era de 1329. En 1925 su número ascendió a 1828. Es decir, a cada sociedad anónima le corresponden por término medio tres directores. Pero como en las compañías de navegación y en los Bancos de las 606 sociedades, en número de 86, se ha disminuido en 135 personas la cifra de los directores en 1925, tenemos pues para las sociedades restantes un aumento de 634 directores, o sea casi un 50 por ciento. Ese aumento de directores, naturalmente, no está ligado a un aumento de la producción, y además, Perogrullo entiende perfectamente que la producción no aumenta cuando se aumenta el número de los directores, sino al contrario, puede disminuir, pues el acrecentamiento de los directores significa una agravación de los gastos de producción, nunca un alivio.

Al aumento de los directores, en comparación con 1913, se agrega el aumento de los miembros del consejo de administración de las sociedades por acciones, etc. De la estadística hecha en las 606 sociedades que negociaron en la Bolsa de Berlín se obtienen también estos datos: en 1913 contaban 3985 consejeros de administración. Hoy la cifra es de 5587 personas. Y como en 83 sociedades, en lugar de aumentar, disminuyeron los consejeros en 140, tenemos que en las 5584 sociedades restantes el número de los consejeros aumentó en 1742, o sea, en conjunto, los miembros del consejo de administración, en relación a 1913, aumentaron un 45 por ciento.

Pensemos aún que estos señores miembros del consejo de administración son honorarios; pero he aquí

los resultados lucrativos de esos puestos honorarios: reciben una remuneración fija independiente de la ganancia líquida. Luego les corresponde un cierto porcentaje de los dividendos. Además, es usual pagarles los gastos que les ocasiona la asistencia a las sesiones de la sociedad. Sólo la remuneración fija de los 5587 consejeros de administración en 1925 alcanzó la cifra de 10.000.000 de marcos oro.

Reflexiónese un poco en esta última cifra. Con la remuneración fija de 5587 consejeros de administración de 606 sociedades anónimas, pueden vivir al año, trabajando regularmente por el salario actual, 70.000 obreros. Y si en lugar de 606 sociedades por acciones tomamos 18.000 que existen en Alemania, sin contar la industria y el comercio privado, tendríamos seguramente una idea aproximada de ese nuevo aspecto del capitalismo de la post-guerra a que queríamos referirnos".

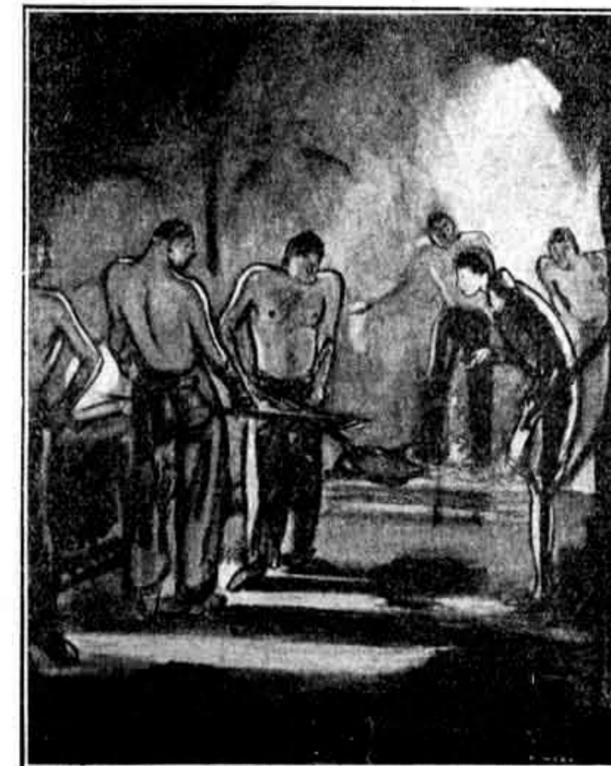
En resumen, el moderno capitalismo ha entrado en una crisis crónica de la que se esfuerza por salir, pero de la que no saldrá mientras no adopte las siguientes medidas:

1.º — Una reducción de la jornada de trabajo, a fin de reintegrar al proceso productivo los millones de obreros desocupados que existen de una manera continua desde el fin de la guerra de 1914/18.

2.º — Un aumento de los salarios obreros para acrecentar sus posibilidades de consumo.

3.º — Un cambio de frente en la política económica, substituyendo la tendencia vieja hacia la exportación y la conquista de mercados externos por la conquista del mercado interior.

Esas son nuestras soluciones inmediatas.



UNA VISITA A LA FABRICA

LUIS FABBRI

TEORIA Y TACTICA

# INTERESES E IDEALES

Más de una vez se ha dicho — repitiendo, con Proudhon, que el mejor modo de evitar los males de la revolución, es el de participar en ella — que la revolución no podrá hallar un límite a todos los excesos y desviaciones, que serán inevitables en ella, más que en su propio contenido moral, es decir, en los sentimientos e ideales de libertad y de justicia de que estén animados los combatientes y de que se hayan compenetrado precedentemente las masas por la propaganda hecha en su seno de las ideas de la revolución.

Pero es preciso decir y precisar, también y además, que con el progreso de los tiempos la revolución se volvería mayormente difícil e improbable, por no decir imposible, si no concurriesen a determinarla factores ideales que van más allá de los mismos intereses materiales inmediatos, aun no rompiendo el necesario contacto y el hilo conductor, con estos. Digo intereses materiales "inmediatos" porque también el interés material, cuando no se refiere al individuo, sino a la colectividad, si se proyecta en el porvenir como una conquista a realizar en beneficio de todos, no es ya realmente "material" para aquellos que combaten, sino que adquiere todos los caracteres y todos los esplendores del sacrificio y del desinterés de lo ideal.

A los primeros socialistas que escribieron en su bandera el lema: *El que es pobre es esclavo*, los teóricos liberales burgueses les reprochaban que reducían la cuestión social a una cuestión de estómago. ¡Oh, seguro, dar de comer a los hambrientos es una cuestión de estómago! Pero es ciego el que no ve cuánta fuerza ideal reside en un programa de lucha, para conquistar para todos el derecho a vivir, para suprimir la miseria, para eliminar los sufrimientos materiales de la humanidad. Por lo demás, las mismas conquistas inmediatas pueden tener un carácter superior ideal para aquellos que combaten, cuando no son movidos por un interés personal suyo sino por el deseo de realizar el interés ajeno o de todos, y cuando los medios adoptados para alcanzar aquellos fines inmediatos implican espíritu de sacrificio y son emanación de una fuerza moral y de una voluntad consciente de aquellos que los adoptan.

Uno de los más grandes méritos del socialismo fué, precisamente, éste, desde su primer resurgimiento, el de haber convertido el ideal, no en patrimonio in-

tellectual y sentimental de pocos privilegiados, es decir, de aquellos a quienes las comodidades de la vida permitían el lujo de vivir con el corazón y el intelecto en un mundo espiritualmente superior, sino el haberlo generalizado — estaría por decir casi socializado —, el de haber llamado a una concepción más alta de la vida a tanta parte del pueblo que antes vivía una existencia puramente vegetativa. Ciertamente no es simpático, y es también deplorable el hecho que una parte tan grande del proletariado organizado, en pago de las mejoras obtenidas, se encierre hoy en el círculo del propio egoísmo de categoría, según un mezquino positivismo reformista; y es preciso combatir tal tendencia con todas las fuerzas y con todos los medios honestamente concebibles, para elevarlo y sacarlo fuera del pantano donde se corrompería.

Sin embargo, no exageremos; no olvidemos el pasado peor para denigrar más de lo que merece el presente malo. La figura del obrero que concibe el sindicato, la resistencia, la huelga, el socialismo como un asunto, como su asunto de todos los días, bueno sólo para hacerle aumentar el salario, y que no se preocupa de otra cosa, y siente sólo aquel poco de solidaridad necesaria para la defensa de su situación actual, y no quiere tener nada que ver con novedades que turben su tranquilo vivir, es ciertamente una figura antipática para nosotros, los revolucionarios. Pero no se puede negar que es ya un tipo superior, frente a los brutos que eran los obreros y los labradores de los campos de otro tiempo, que doblaban cada vez más el espinazo bajo el látigo, que no veían más allá de sus narices, que no leían y no escribían, que odiaban en lugar de amar a los propios compañeros, que crecían, ellos y la propia prole, en la ignorancia y en la suciedad, siervos por instinto y obedientes sólo a los instintos más puramente animales.

Pero es precisamente por esta razón, por el cambio operado en el seno del pueblo en estos últimos tres cuartos de siglo, que una revolución sería casi inconcebible, si no es acompañada, si no es determinada en parte e iluminada por una luz ideal de libertad y de justicia. En otro tiempo, cuando las bestias tenían hambre, era fácil para los pequeños grupos de revolucionarios, explotar su airado descontento, su rabia improvisada, suscitar incendios grandiosos. Y también aquellos levantamientos, por incompletos que fueran en su conjunto, fueron útiles

al progreso; no quiero decir que, desde el momento que también hoy existe una gran parte del pueblo en las horribles condiciones en que vivía en otro tiempo la generalidad de los proletarios, no sea posible utilizar para la revolución la ira explosiva de esas colectividades todavía atrasadas, que la revolución misma hará progresar. La revolución podrá hacer mucho, en sentido moral, por ellas, en el acto mismo que recibirá de ellas una ayuda no despreciable.

Pero hoy, que hay toda una parte del proletariado ya revolucionada, fuerte en sus organizaciones, orgullosa de las altivas conquistas arrancadas al privilegio y al monopolio, en una situación ciertamente todavía precaria e insuficientemente mejorada, pero sin embargo mejor que en otro tiempo y mejor que la situación de las categorías inferiores, sería absurdo pensar fuese posible una revolución sin ella, o peor, contra ella. Una revolución de los más miserables solamente, en el sentido peor y absoluto de la palabra, estaría condenada, no ya a fracasar, sino al comenzar. Y es inútil examinar si sería más o menos proficua, hoy, para ellos y la humanidad.

Es preciso, pues, que la revolución encuentre terreno favorable también y sobre todo, entre la clase obrera ya evolucionada y que se encamine ya hacia un porvenir mejor. Los otros, por decir así, vendrán por sí solos. Pero ¿es posible que esta importante parte de la clase obrera se vuelva favorable a la revolución o participe en ella si su único impulso hubiera de ser la necesidad, el interés económico, el deseo de mejoramientos materiales inmediatos? No, ciertamente.

Nadie piensa en negar el substratum económico de toda la evolución social, y yo menos que los otros. Pero la revolución, si bien suele decirse que es fatal e inevitable, no se puede decir que lo sea por razones independientes de la voluntad humana ni por azar. Es también un hecho de las masas, de lo que suele llamarse su conciencia. Nuestro Pietro Gori fué criticado una vez por algunos anarquistas porque había afirmado en una conferencia que no bastaba gritar "revolución, revolución", sino que ante todo hay que pensar en hacer conciencias. Tenía razón, pero evidentemente fué mal comprendido. Se puede hacer retórica revolucionaria mil años, y la revolución no vendrá nunca, si no se ha formado primero un sentimiento revolucionario al menos en una minoría suficiente de las masas; si aquellos que propagan las ideas revolucionarias no dan el ejemplo de la audacia y del desinterés; si en cierto modo las ideas de la revolución no se convierten para quien las sigue, en una religión, en una exaltación y sublimación de los valores morales humanos, hasta el sacrificio, — es decir, hasta la obliteración de los intereses materiales y del momento, en nombre de una idea superior.

Esto se entiende por conciencia revolucionaria y anarquista, y no sólo el hecho de saber más o menos bien cuál es el programa, no el hecho solo de saberlo discutir y sostener con argumentos lógicos. Es preciso ciertamente, conocer ante todo las ideas por las cuales se combate; pero para combatir de veras,

para no hacer sólo deporte o ejercicio de lógica, es preciso amarlas. Como decía nuestro Eliseo Reclus, no se comprende bien más que lo que se ama. Y las revoluciones, que son verdaderas y propias guerras, donde se arriesga la vida y la libertad, el porvenir propio y de los hijos, no se hacen si una pasión fuerte y elevada no agita a las muchedumbres, si la fiebre de la idea no suscita la rebelión y no hace a los hombres aptos para el heroísmo y el sacrificio.

¡Oh, no todos los hombres, ciertamente, no todos los proletarios y menos todos aquellos que se dicen revolucionarios y anarquistas, podrán ser siempre combatientes desinteresados y dispuestos a las últimas pruebas! En esto, como en todo, debemos ser guiados por un sentido de relatividad y no hacernos torpes ilusiones. Pero un mínimo al menos de esta virtud de sacrificio, de este sentimiento del deber, — el deber de darse completamente a la causa que se ha abrazado —, es absolutamente necesario para que la revolución triunfe; y no es imposible obtenerlo, pues la historia nos enseña que los hombres, si hacen y soportan muchas cosas desagradables, pueden alcanzar también alguna vez, individual y colectivamente, las cimas más altas de la belleza moral.

Más de una vez he tenido ocasión de insistir sobre la exagerada importancia que se ha dado, en el pasado, al factor económico como coeficiente revolucionario, y he notado además, cómo puede ser también, en determinados momentos y circunstancias, un coeficiente reaccionario.

Por la misma razón que puede levantarse una multitud de miserables, impulsada por el aguijón del hambre, para derribar un sistema político-social dado y determinar la victoria de una revolución — por la misma razón la inconsciencia y la ignorancia que produce el hambre demasiado a menudo y contribuye a mantener, pueden ser explotadas por politicantes sin escrúpulos para hacer triunfar un movimiento reaccionario; o bien ciertas categorías obreras, situadas en condiciones mejores, pueden obrar en sentido conservador y producir una detención de desarrollo en el movimiento revolucionario. ¿No es verdad, quizás, que en las organizaciones obreras, las categorías más aventajadas, cuando no están animadas por corrientes de ideas revolucionarias, constituyen la proverbial bola de plomo al pie de todo el resto del proletariado que, sea por las propias condiciones malas o por mayor impulso ideal, quisiera avanzar todavía o entablar batalla?

Nosotros no creemos en la utopía catastrófica de la miseria creciente, como determinante fatal y necesaria de la revolución, que fué un tiempo el verbo del marxismo. Los hechos han demostrado que, si hay un columpio en las condiciones del proletariado de mejoramientos y empeoramientos, los mejoramientos aumentan en general, sea por extensión a un número siempre mayor de individuos, sea por su cantidad intrínseca; y sin querer excluir (aun admitiéndolo) que alguna crisis improvisada pueda ser la ocasión, el incidente casual, del estallido de una

revolución, es preciso que una excitación diversa de la economía entre en juego para obtener que las masas se subleven; y eso no puede ser más que la fe en un ideal superior.

Descuidar el factor económico sería grave error, pues se correría el riesgo de edificar sobre el vacío y sobre cimientos demasiado frágiles. Pero, solidificado el terreno de batalla con la exhibición de todas las necesarias reivindicaciones económicas del proletariado, — reconociéndolas y propiciándolas, aunque no sea más que para no dejar a los enemigos y a los adversarios de la revolución un instrumento de resistencia demasiado fuerte —, establecido bien este anillo sólido en la base, a él se deben enlazar también todas las otras reivindicaciones de índole moral y futurista, que tienen la capacidad de exaltar los intelectos y los corazones y que pueden suscitar en el proletariado fuerzas combativas cada vez mayores.

La vida económica crea solamente circunstancias favorables a la propaganda y al desenvolvimiento de las ideas socialistas y anarquistas; pero de hecho una razón pura y solamente económica de las revoluciones, no existe. El movimiento revolucionario, si está basado sólo en los intereses económicos de la clase obrera, se convierte tarde o temprano, inevitablemente, en un movimiento reformista, como han demostrado la historia de todas las organizaciones sindicales de Europa y América, comenzando por la famosa Confederation General du Travail de Francia, que surgió en el reformismo acomodaticio y conservador de León Jouhaux. Un fin que algunos escritores anarquistas previeron casi desde el comienzo.

¡Y es natural! El mundo estaba bastante cambiado, hacia 1910, en comparación a los veinte o treinta años precedentes. Lo que constituía la fuerza del socialismo hasta hace algún tiempo, era en gran parte la ignorancia y la obstinación estúpida de la burguesía y de los gobiernos frente al problema obrero, el no quererlo reconocer ni siquiera discutir, y el creer que las cuestiones económicas se podían resolver con disposiciones policiales, con restricción de frenos, con secuestro de periódicos, con la prohibición de organizarse, con la cárcel, con el domicilio coatto, con el patíbulo. En un cierto momento no más. Cuando la burguesía comprendió la lección, se volvió también consciente de su verdadera fuerza, se organizó para la resistencia e hizo su política económica contra los obreros. Y lo hizo con una explotación cada vez más sabia de las mismas ilusiones obreras en el campo político, atrayendo cada vez más al proletariado y a sus representantes hacia la órbita de sus organismos; y en el campo económico creándose entre la misma clase obrera una especie de clientela indirecta, en las categorías que favorecía sin parecerlo, cediendo al impulso de sus intereses, haciendo de ellas una especie de cojín y de válvula de seguridad contra la parte del proletariado más mísera y más rebelde.

El fenómeno que respondía, y responde aún, en el movimiento social, a esta maniobra de la burguesía, es el reformismo de las grandes corporaciones sindicales y de la socialdemocracia internacional, las

cuales secundan y — donde el capitalismo, en especial después de la guerra, no ha encontrado mayor inconveniente en desembarazarse de ellas con la reacción y el fascismo —, secundan todavía hoy todo un movimiento de conservación burguesa, en la ilusión de defender los intereses del proletariado.

Y viceversa en el hecho concreto, el reformismo sindical y la socialdemocracia con su política basada en los intereses, no consiguen más que crear nuevas fuerzas de conservación social en el seno de la misma clase obrera, favoreciendo la formación de una especie de nueva clase intermedia constituida por trabajadores privilegiados, más bien pequeño-burgueses que proletarios, traicionando así, inconscientemente, los intereses y el porvenir de las grandes masas, alejando la revolución y traicionando sustancialmente al socialismo, — el ideal del socialismo, que es la liberación de todos los hombres de toda forma de explotación y de prepotencia del hombre sobre el hombre.

Ahora es preciso que sea roto ese círculo vicioso dentro del cual amenaza perpetuarse el dominio del capitalismo y del Estado, si se continúa siempre teniendo en cuenta el sólo factor económico y no se considera nunca el problema de la liberación más que como una eterna competencia de intereses. Esta necesidad es sentida, ahora, no sólo por los anarquistas y por los revolucionarios propiamente dichos, sino también por algunos que, aun militando formalmente entre los reformistas, no han perdido del todo aquel idealismo vivificador y creador que caracteriza el período de las primeras afirmaciones del socialismo.

Un renacimiento del idealismo en todos los campos del vasto movimiento social y obrero, se apunta ya desde antes de la guerra, aunque débilmente, en un tormento de examen y de investigación de que encontramos rastros en algunas publicaciones socialistas y sindicalistas del inmediato ante-guerra. Recuerdo, entre otros, ciertos artículos bastante sintomáticos entonces, hasta en la "Critica sociale" de Filippo Turati en Milán, por autores que quedaron anónimos o casi, que sonaban como una alarma, como un llamado desesperado a los ideales morales del socialismo.

El fenómeno se ha acentuado después o con la guerra, frente a la catástrofe de tantas ilusiones, frente a la quiebra de todo el armazón, fatigosamente constituido desde 1880 en adelante, de la llamada segunda Internacional sindical y socialdemocrática. La tentativa de Zimmerwald, aunque imperfecta e insuficiente, fué uno de sus episodios más salientes; y el mismo bolchevismo, a pesar de su fuente marxista, que debía conducirle a los errores y horrores de la dictadura, fué al comienzo, para muchos socialistas, y en muchos países, un esfuerzo de superación, una tentativa para salir del viejo círculo vicioso utilitario. La tentativa ha fracasado, y era quizás, inevitable que fracasase; pero no por esto tuvo menos en un cierto momento, un valor dinámico propio, no tanto por lo que era realmente en teoría y en la práctica en su país de origen, sino por lo que fué creído por un tiempo en otras partes

y por el espíritu nuevo y difuso que le había hecho elegir doquiera como una consigna de real liberación.

Después vinieron las amargas desilusiones y las atroces derrotas. El bolchevismo no sólo no marcó la salida del círculo vicioso, sino que fué un retorno a él más obstinado y homicida, en la Rusia que había hecho la más grande revolución de nuestros tiempos. En los otros países, casi como correlativo, la reacción ha tomado el predominio; y el fascismo aplasta ya a muchos pueblos y a otros los amenaza. Pero todo esto no es más que una demostración más, con la trágica elocuencia de los hechos, de lo errónea que ha sido la ruta seguida hasta aquí por todos los que obedecieron sólo, día por día, a los consejos del utilitarismo, o que por lo menos no han dado suficiente puesto en la lucha a los factores ideales, a las razones de la humanidad, de la justicia, de la libertad, a la idea de la fraternidad de los pueblos, a la aspiración hacia la igualdad social.



RUDOLF ROCKER:

## LOS SEIS CAMINOS

EL SEGUNDO CAMINO

De Andalucía viene el camino, y su punto de partida está en las estrechas callejas de Sevilla, la ciudad del amor y de las aventuras.

Cuando el sol ardiente centellea sobre los blancos muros, cuando ningún hábito mueve las hojas de las palmeras y pesado vaho sube de la tierra, reposa Sevilla, extiende cansadamente los miembros en espera del soplo templado de la tarde.

Pero cuando la noche se posa silenciosamente y en las olas del río se reflejan mil estrellas, cuando las hojas de las palmeras murmuran levemente y vienen de los jardines dulces aromas, despierta Sevilla, avanza el pecado con paso ligero por las viejas callejas y envuelve la ciudad en su manto.

De oscuros rincones surgen sonos de mandolina, notas de guitarra y serenatas de amor. Honda embriaguez inflama el fuego de los sentidos. Disfruta la ola en la corriente del río, disfruta la flor con el suave viento, y las chicharras se preparan para la fiesta del amor. El aire está cargado del fuego de los besos ardientes. Parece que la tierra se estremece dulcemente en fogosa codicia que brota de ella suspirando por todos los poros.

Por encima de los altivos muros del Alcázar brilla clara la guadaña dorada del semilunio y testimonia una magnificencia desaparecida hace mucho. Ningún dios cristiano fué bastante fuerte para arrojar del espacio el viejo signo. Cayó el valiente ejército del moslem en lucha furiosa, vencido, aplastado por la fuerza de las cruzadas, pero el signo del profeta bri-

lla todavía en el cielo y refleja su esplendor en los ríos de España.

Nació en esa tierra cálida; la pasión del pecado está en su sangre, le llena de diabólicas exigencias.

Negros rizos se ensortijan en torno a su altiva cabeza. De sus rasgos irradia espíritu de rebeldía, el ímpetu irrefrenable de la valentía, que ninguna ley contiene, que ninguna santidad conmueve.

Por sus oscuros ojos chisporrotea el fuego del infierno, la bienaventuranza celeste. Pero ¡ay! de la mujer que caiga en el abismo de esa mirada, que penetra en el alma como el ardor del desierto. La exigencia rabiosa del pecado le salta en la sangre, el nervio clama en abrasadora codicia.

Cuando avanza sin ruido por la obscuridad como una pantera, entonces el peligro está en marcha, rumor del destino. En la punta de su daga brilla la muerte y es espantoso excitar su cólera. Donde aparece le sigue la sombra siniestra del asesinato, la pasión indomable del infierno.

La palomita en el edificio es invadida por un secreto estremecimiento, pues no hay muros demasiado altos para él, ni rejas bastante fuertes. Orgulloso como Satanás, está en el plan. Los cerrojos caen, las paredes se derrumban. De nada valen los ruegos, de nada las súplicas. No queda a medió camino, a sus andanzas sigue la muerte, la vergüenza y la tortura eterna de la desesperación.

Cuando pasa la noche en alegre círculo de bebedores, cuando en las copas sangra el rojo vino, bebe

placer celeste y bienaventuranza terrena. Pues cada gota que corre por sus venas suscita las oscuras fuerzas de su naturaleza, súbdita de las propias leyes.

En el vino arde el torrente de fuego de la verdad, luego comienza a razonar. Pero toda verdad no es más que embriaguez de los sentidos, y toda embriaguez es sólo un sueño. En la borrachera se rompe el pesado yugo de la mentira, las barreras trazadas por la arbitrariedad de la razón para poner un dique al juego audaz de los sentidos.

Cuando entra así en la vida un necio bien educado, lo mismo que un perro adiestrado, sabe distinguir magistralmente lo bueno y lo malo. Chorrea de decencia, de conveniencias y de buenas costumbres y se pavonea como un pavo con plumaje ético, que le queda muy bien en los días de fiesta. Sabe pesar prudentemente cada palabra, oculta con mano agíl la desnudez del sentimiento y cultiva celosamente todo viejo hábito.

Tiene para todas las cosas sentido y objeto y huele como una rata que tiene la peste en la panza, según las buenas maneras y la hombría de bien. Hasta a los pecados les da su norma, y si peca lo hace siempre con medida, para no perder el hábito. El asco se apodera de mí cuando contemplo ese animal.

Sin embargo, ocurre que tal sujeto se olvida de sí mismo y la embriaguez le envuelve el poco de cerebro; entonces suda la pequeña lascivia por todos los poros. La virtud hermosamente acicalada entra en tambaleos, se revuelca en el lodo cómodamente como un cerdo. El delgado barniz del convencionalismo se rompe, se va al diablo la buena crianza y sólo un montoncito de desperdicios queda en su lugar.

Pero apenas cede en él el vaho del vino, le aferra pronto la aflicción entera de la humanidad. El pequeño arrepentimiento llama a su corazoncito. El malo le ha hecho ciertamente una zancadilla. ¡Como si el diablo se preocupara de tales pobres sujetos!

Una generación lamentable, no madura ya para el arte sublime del gran pecado. Lo que ella llama pecados, no son más que momentitos de placer, horas débiles que han sido ligeramente pasados y olvidados. Y cuando un sujeto de esos entra alguna vez por caminos prohibidos, impulsado por su pequeño celo, me da la sensación de un eunuco que murmurase impotente palabras de amor. Hasta los pecados los hace él impotentemente.

De pecados no sabe verdaderamente mucho y el sacrificio de su salvador no pesa gran cosa. ¡Qué habría que redimir en tales larvas!

El gran pecado que me seduce, que va por la vida desnudo y sin afeites, que resiste al infierno y se burla de las maldiciones del cielo; el pecado que no se humilla a ningún dios y desprecia altivamente la norma de los hombres, se siente deshonrado por tales pillos.

Pero más que a la ardiente embriaguez del vino, está entregado al loco juego del amor. Aquí está su dominio, el Walstatt de sus hechos. No hay medio demasiado malo, no hay delito demasiado grande. Lucha con astucia, con disimulo, con violencia para aturdir el corazón femenino. La más firme fortaleza cae en ruinas si es atacada por el ardor de sus sentidos.

Pero apenas ha quebrado con mano indiscreta el fruto que le excitó un tiempo, lo arroja a un lado despreocupadamente. Una vez saboreado el placer, el disfrute se le vuelve insípido, y su alma vaga tras

nuevos placeres. Sólo la conquista le excita, no la posesión.

Su oído es sordo a los ruegos, a la rabia, a las imploraciones. Y si su víctima clama en la más profunda tortura, si le conjura que proteja su honor, que le de la mano como había prometido y borre así la infamia que ha perpetrado, una ligera mofa contrae su boca y desvía burlescamente el torrente de sus lágrimas.

¿Inocencia robada, querida criatura, amor perdido? Créeme, eso no representa mucho. Profundo como el mar es el reino de mi alma. ¿Cómo podría yo ligarme eternamente a alguien, cuando hay tantos labios sin besar, tantas flores sin cortar! Para el que sabe apreciar el disfrute de la hora, el loco amigo de una noche de amor, para ese el honor es barata recompensa.

¿Estoy hecho para el lazo del amor? ¡Una alianza de tenderos y de filisteos, nacida ya con cornamenta! Están contentos porque su poco de ardor es regulado ya por la ley sagrada, y lleva el sello de una voluntad superior.

¿Un lecho nupcial! ¡El terror me invade! ¡Es la tumba del amor, la tumba del pecado! Pues el amor sin el pecado es una bebida insípida. Para el bravo ciudadano se convierte en altar donde sacrifica contemplativamente su incienso y aumenta produntemente su cría.

¿Qué milagro que haya tantos pobres diablos en el mundo! Pues el que es engendrado en tal almohada, no tiene la cabeza muy pesada, y la sangre late gravemente en sus venas. Si por obra del azar no cayese en el gallinero un halcón, para aliviar la tarea al bravo conyugue, el poco de cerebro que ese animal posee habría sido disuelto en el lodo hace mucho. Así el adulterio ayuda a la raza y engendra de tanto en tanto una generación utilizable.

¿No lo comprendes, criatura? ¡Lloras hasta cegar y sueñas con una temprana tumba? Sin embargo, eso no sería verdaderamente lo peor. Pues el que no puede soportar la vida, debe tratar de que le resulte la muerte. Es malo imponer a los seres humanos una carga que tienen que arrastrar trabajosamente en su camino. Por eso el que sacó un billete no premiado en la vida, tiene en la muerte una ganancia más segura.

¿Si eres demasiado débil para llevar el placer ardiente del pecado, prepárate para otro campo! La templada corriente, el nudo de seda, un poco de veneno son prontos cooperadores en la penuria de la hora y te abren el camino desde este valle de lágrimas a aquel mundo luminoso que sueñas.

No se debe sostener nunca al hombre que tropieza. ¡El que no puede tenerse sobre sus pies, que caiga! ¡Bendito sea el que le ayuda a caer! Pues la compasión es el peor de todos los vicios que ha descubierto el ser humano. Daña el sentimiento, corrompe el espíritu y hace de los hombres parias de la vida. La compasión es estupro enmascarado, virtud pintarrajeada, que se pavonea como una prostituta en el mercado público, que alaba el egoísmo más villano como amor al prójimo y calcula ya en silencio el beneficio que aporta la acción honrada a su ejecutor.

Para el débil no hay ayuda alguna, se le hunde más y más en el lodo. Pero aquellos que saben agenciarse dinero y dignidades, tienen en la compasión un cómodo emplasto para su temorcillo. El ladrón arroja un par de céntimos desgastados en la mano extendida de un mendigo y se abre así el camino al reino de los cielos.

Cuando se le habló una vez de aquel anciano que investigaba la causa de todas las cosas, que quería hundir la mirada en el devenir de los tiempos y se consumió en ardiente impetu por llegar al rastro de la verdad última, sonrió irónicamente y dijo:

¡Viejo loco! ¿Qué te importa el sentido de la vida, el comienzo y el fin de todas las cosas? La vida misma no tiene ni meta ni objeto. Es el hombre el que imagina el sentido y el objeto de la vida. El pasado y el futuro son quimeras. El primero un fruto caído, el otro un libro en que no se escribió nada todavía, para el cual todavía no se encontró un título.

¿Qué me importa lo que fué, lo que será? Lo que queda en el trayecto que recorremos, está muerto, muerto y enterrado. Lo que nos espera no ha llegado todavía. No es bueno escarbar en el polvo de las tumbas y menos correr en pos de pompas de jabón, en donde se refleja seductoramente el reino del futuro. El viaje lleva al país de las sombras y de los espectros.

Magnificencia desaparecida es viejo farrago, bueno sólo para la polilla y los gusanos. Y si tú mismo quieres comer de eso se te enmohece el espíritu y las arañas penetran en tu cerebro para tender sus finas redes en que pescan astutamente los pensamientos.

El momento que pasa es para mí el mejor amigo, mi reino es el hoy. La historia mundial comienza aquel día en que ví por primera vez el sol; terminará cuando se extinga en el seno del tiempo la última chispa de mi ser.

La vida no está ahí para comentarla, para cavilar y quererle descubrir un sentido que no existe. La vida es para nosotros una copa llena de la que se saborea con toda el alma y embriagadora demanda. Y cuando el líquido se agota, cuando termina el juego de los sentidos, entonces no lloriquees como un niño mal acostumbrado. ¡Rompe el vaso vacío contra la piedra!

Preguntas de dónde venimos, adónde vamos. Pero mientras aplastas el espíritu, torturas el alma para encontrar una causa del malabarismo de los sentidos, disipas las horas sin utilidad y en vano. Pues hemos salido de la nada y nuevamente volveremos a la gran nada; procura por tanto que el breve plazo de la vida no transcurra también en la nada.

Tus ojos siguen a las estrellas que giran en el espacio, y tus labios interrogan mudos: ¿Por qué? El suave eco de las esferas llega a tu oído: quieres hechizar el ritmo y reflujo como las olas del mar y engendra mil deseos en tu pecho?

Loco, ¿no oyes el ritmo que te hierve en la sangre? ¿La elevada canción de la pasión y del pecado que tiene flujo y reflujo como las olas del mar y engendra mil deseos en tu pecho?

Cuando miro en los ojos ardientes de una muchacha, veo allí la estrella que no te ha iluminado nunca. Por el fuego de esas estrellas te daría todo el universo de los astrónomos, pues esas son estrellas que se estremecen secretamente rodeadas de embriaguez y entre ardientes placeres.

Cuando labios errantes se encuentran en el beso y un cuerpo se une a otro cuerpo en inquieto placer; cuando el tiempo y el mundo desaparecen en el horizonte del pecado, entonces siento hondamente la causa eterna de la existencia, la salvaje revelación de las pasiones.

Cuando el vino brilla en las copas y resuena seductor el sonido grato de las cuerdas, que me inflama para nuevo ardor de besos, siento el sentido último

de la vida. Pero es torpe vivir sólo la esperanza y empollar sobre el obscuro fondo del enigma, en tanto que las flores florecen tranquilamente en el camino y hablan acariciadoras de satisfacción.

Así desaparecen para él los años impetuosamente. Como rojo nimbo de estrella polar queda tras él el camino cubierto de moribundos, que claman en doloroso ahullido su maldición por los aires. Y las tumbas se comban sobre la tierra desnuda y anuncian donde ha estado alguna vez.

¿Quién cuenta las heridas que su daga infirió, que tan frecuentemente se bañó en pecho enemigo, los corazones femeninos que se enmohecen en el camino, quebrantados, tras él? El lamento de vidas destruidas sigue sus huellas y suspiros de muerte, temerosos como campanas de tumba. Algún puño muerto se crispa en pos de su cabeza y pálidos labios le acusan en rudo dolor.

Sin embargo, no vuelve atrás nunca la mirada para contemplar el pasado. Lo que está detrás de él ha pasado, ha muerto, ha sido devorado por la omnipotencia del tiempo y no excita ya más la codicia de placer de los sentidos. Pues lo muerto, muerto está; lo que ha sido no hace reflorar más a la eternidad.

Por eso, al que cavila sobre las viejas tumbas, le roba el aliento de la muerte la fuerza de la acción. Pues de los muros derruidos sube el pálido tropel de los espectros. Allí se desliza el arrepentimiento entre las fosas y se introduce como un ladrón en el corazón y el cerebro. Y aquel a quien ataca esa peste, ve muerto para siempre el favor de la hora.

Dejad por eso a los muertos que esperen a sus muertos. El que hunde la mirada en lo que ha sido, ha sido él también. Una sombra que se alimenta trabajosamente de los conceptos inánimes de la abstracción. Su espíritu equivale a un mausoleo que oculta bajo el mármol pálidos restos.

De aquellas fosas asciende el anhelo de conocimiento, la medrosa interrogación sobre la causa de las cosas. Aquí habita el espíritu que impera sobre las tumbas y escarba en muerta ceniza como un ladrón de cadáveres, hasta que poco a poco, rodeado del hedor de lo corrompido, no ve más que el variado juego de la hora.

Pero se ha elegido otro destino. Nunca le caen los placeres ociosamente en la mano. Lo que disfruta en fogoso placer sensual es conquistado, arrancado a la vida. El favor insípido del azar no le excita, y lo que toma sin esfuerzo lo menosprecia. Sólo lo que tiene que obtener en la lucha, cercado de peligro y de muerte, le es agradable. Donde mejor se siente es, donde la muerte y la vida giran en torno a la punta de su daga, en senderos donde el pie pierde la tierra firme, donde las fauces del abismo le hostezan.

Los rayos del destino se agitan alrededor de su cabeza, todo su ser hierve de tempestad. Peca por principio y obra mal porque le agrada así. Cuando



flanquea como un demonio los abismos, y sube con pie seguro la escarpada arista, se alegra indómito de su fuerza y hace frente a las potencias del destino. En danza salvaje corre la sangre en su pecho, y su alma hierva arroyos de llamas, que surgen de los oscuros abismos como lava.

Orgulloso como un águila se mece en el espacio y saborea con todo su ser el áspero sórbo de la libertad. Sólo cuando se conquista diariamente la vida se siente amo y señor de su voluntad y sigue su ruta con paso atrevido.

Su mirada tropieza con una criatura de alta alcurnia, una mujer como no ha visto otra más hermosa. De sus ojos irradia el cuadro de la inocencia, y la altiva magnificencia de su cuerpo es envuelta en el tierno aroma de la castidad, que hace enmudecer todo atrevido deseo.

Entra en el círculo del mundo muy raramente. Vive en su propia esfera tranquila, donde los ojos del padre cuidan celosamente de que ninguna voluntad extraña perturbe su ambiente.

He ahí un juego que vale la pena. Perseguir esa pieza es su más alto placer. El hecho de que esté prometida para otro no hace más que fortalecer la fogosa embriaguez del pecado. No es sólo el loco anhelo del amor el que le atrae, hay peligro, corrupción, ruina y muerte, justamente lo que necesitaba para dedicarse a su placer.

Con engaño y astucia se introduce en el camino hacia aquél tranquilo refugio, donde ella acaricia flores, juguetea con pájaros y con mirada soñadora persigue al lepidoptero que titubea silenciosamente embriagado de flor en flor.

De repente aparece el terrible ante sus ojos y hace congelar su joven corazón. Como petrificada queda en su sitio. Un ligero temblor invade su esbelto cuerpo; luego levanta los ojos para mirar aquél que se propasa a penetrar en su mundo. El ardor de la cólera despierta en sus mejillas y levanta amenazadora la mano para ordenar. Pero encuentra una mirada de los ojos del hombre y deja caer impotente el brazo. De esos ojos irradia el fuego infernal, la felicidad infinita del cielo. Siente vacilar la tierra bajo sus pies. Un terrible presentimiento le oprime el corazón e hirviendo late la sangre en sus sienes. Como en sueños escucha el sonido de lejanas palabras, que dominan acariciadoras sus sentidos, que le hablan de las felicidades del amor.

Desesperada recoge su energía. En sus venas circula la sangre de su padre, el honor de los grandes se rebela de repente para defenderse del impulso indomable de los sentidos. — Escucha: ¿no llega a su oído la voz de su padre?

Siente nuevamente aquella horrorosa mirada que cae en su alma como oscuridad de tormenta. Y ardientes labios oprimen su boca, un ligero adiós suena en su oído, y como una sombra desaparece la figura de sus ojos.

Largo tiempo queda como hechizada en su puesto, luego siente que le faltan gradualmente las fuerzas y cae gimiendo sobre un banco de mármol. El suave rumor de la fuente llega hasta ella como si viniera de un mundo lejano para amortiguar el latido vigoroso de su corazón.

Y vuelve a oír la voz del padre. Desde el camino llegan pesados pasos de hombre y palabras sonoras hasta su delicado oído. Viene el padre del brazo de aquél hombre que había elegido su voluntad para marido. Como un horror febril penetra en su cora-

zón, un triste suspiro se le escapa del pecho, y su alma se retuerce en mudo tormento.

¿Se ha confundido el mundo, se ha trastocado el sentido de las cosas? Tan extraño le parece de repente ese hombre a quien sus labios juraron fidelidad. Y de nuevo vuelve a sentir aquella mirada que arde en su alma como un incendio y le abrió puertas desconocidas que no había nunca sospechado la sencillez de su corazón.

Suavemente toma el viejo su mano delicada. — ¿Soñadora, hija mía? dice con ligera broma. Sí, es justamente el tiempo de los ensueños — el ensueño de la juventud sobre quien no gravita todavía el deber.

Hay en la obra de dios un hondo sentido cuando reúne la gente joven con la vieja. Cuando la juventud penetra atrevidamente en el reino de los sueños, los viejos tienen que procurar que los sueños se conviertan en realidades.

Y esto es lo que he hecho yo justamente, hija mía. Antes de que vuelva el otoño te irás del brazo de tu esposo. Así madurará la satisfacción de tu sueño.

Como canto mortuorio suenan en sus oídos las palabras del padre. Su corazón se agita dolorosamente en la más honda pena, pero sus labios agradecen fielmente al padre, que bendice feliz la joven pareja.

Llega el día de la boda. En el cielo claro irradia el nimbo dorado del sol, y el sonido de la campana resuena amorosamente para la alegre fiesta. En el palacio del comendador se reúne el tropel de los huéspedes y el tiempo se acorta en el juego jovial.

En la capilla suena el órgano y la palabra del sacerdote une solemnemente la noble pareja. Pero cuando la blanca mano de la hermosa novia descansa en la mano sólida del esposo, apenas se oye el sí de sus labios, siente otra vez aquella mirada satánica que le invade el alma como el fuego. Aquella mirada le cubre como triste oscuridad de tormenta para desaparecer rápidamente en oscuros abismos.

En mudo terror se estremece el esbelto cuerpo; su frente se agita fría como en horror mortal. Advierte la maldición del destino en su cabeza y contempla con mirada vaga al esposo, cuya embriaguez de dicha enturbió sus ojos.

Luego lucha con toda la fuerza del orgullo, para romper el hechizo que cautiva su corazón. En sus venas late sangre noble y le ayuda a dominar aquél oscuro poder que irradió tan insolentemente en su círculo.

De repente vuelve el gran reposo a ella, cae en torno a su corazón como frío de tumba, es la gran pausa antes de la tempestad.

Altiva avanza del brazo de su elegido por la sala. El pálido rostro aumenta aun el encanto de su belleza, y todos los ojos quedan pendientes de ese cuadro. Luego hierva el júbilo vigorosamente en el local y centenares de copas se levantan en alegre saludo.

Con delicada gracia inclina silenciosa la cabeza y saluda al tropel agitado de los huéspedes. La alegría toma entonces un curso libre. La alta sala resuena de vivas maneras; brilla el vino en las copas magníficas, y ruidosas palabras vuelan por los aires. Una ligera embotadura invade el corazón y los sentidos, las parejas se mecen en dulces vahidos y profunda felicidad llena todo corazón. De los ojos ardientes brota oculto anhelo, todo el mundo parece como acabado de nacer, y cada cual siente la sangre impetuosa de la juventud.

Así desaparecen como en vuelo horas tras horas

y fuera la noche extiende hace tiempo las alas. Ya se acerca el momento en que la noble pareja se dispone secretamente a la silenciosa despedida. Con mirada de fuego abrazan los ojos del marido la excitante figura de la joven esposa y le murmura secretas palabras de amor.

Un delicioso rubor colorea sus blancas mejillas, sus ojos tratan de escapar la mirada del esposo. De repente le atraviesa el alma algo como un rayo y como impulsada por la palabra de oscuras potencias, queda con los ojos fijos en el centro de la sala.

Apoyado en una columna de mármol, con los brazos cruzados, como hecho de piedra, está el extraño que se atrevió a entrar en su sagrario. Sus ojos la miran con tenebrosa llama. Ella se siente como hechizada por esa mirada, las puertas del infierno se abren ante ella y manojos de fuego desde lo profundo. Ante sus ojos surge la roja llama, parece como si el corazón fuera a saltársele, y temblorosamente oprime la mano contra el pecho.

Su firme altivez ha desaparecido de repente, como fundida bajo el fuego de aquella mirada que le absorbe la sangre desde lo más hondo del corazón, le ata el alma con mil pinzas.

Siente entonces como la rigidez cede, y temeroso placer seduce sus sentidos. Con fogoso ímpetu quisiera gritar: ¡No es con éste con quién me he casado! No, aquél que me desnuda el alma es el que anhela mi corazón.

No trata mucho de hacer frente al destino. Sabe que su destino está allí, un tenebroso mensajero del reino de Satanás que seduce su alma con tenaz codicia. Siente cómo late la sangre en su corazón, cómo la respiración le falta, cómo desaparecen ligeramente sus fuerzas. ¡Rápido, rápido! ¿Cómo vacila tanto? ¡No puede soportar más el tormento mortal!

Como si el extraño hubiese oído su tormento, deja de repente su lugar y avanza con paso seguro hacia ella. Mi ligera ironía tropieza su mirada con la del esposo, a quien en voz baja pide un momento de conversación. El esposo le mira confuso a la cara, pero una fuerza interior le obliga a seguirlo al centro de la sala. Allí oye palabras que ponen su sangre en ebullición. Su corazón late con vigor, pero domeña su orgullo y muestra mudo al atrevido malhechor la puerta.

Pero aquél le mira con burla indescriptible y le arroja una palabra de sorna a la cara. De repente relucen las dagas en el aire y suenan los golpes del duro acero. En la gran sala domina un silencio de cadáver, como si el espanto hubiese paralizado todo corazón. Y los ojos siguen el espantoso juego en donde la vida lucha con la muerte.

Un doloroso quejido brota de una boca descompuesta por el dolor. Herido en el corazón el esposo cae al suelo y aquél queda con los ojos fijos en el enemigo. Luego se va tranquilamente por la sala muda y penetra por las amplias puertas en la oscuridad.

Pálida como una estatua de piedra queda la noble señora y mira con ojos extraviados al hombre inmóvil que festeja su boda en su sangre. Ante sus miradas se abren las fauces del abismo, siente el reino desconocido de la muerte que congela su joven corazón.

Solo gradualmente cede el frío dominio del espanto que paraliza toda vida en la sala. Se oyen gritos, zumbidos, salvaje confusión de voces, y lo que el miedo había impulsado hacia lo más hondo, se expresa de repente tanto más fuertemente.

Entra el anciano padre en la sala, el cual se había retirado de la fiesta, esperando a sus hijos en

tranquilo mirador para oprimirlos contra el corazón antes de la despedida. El grito de dolor de la muchedumbre le hizo volver. Ve la mirada llena de espanto de la hija, al muerto, que queda inmóvil en el suelo, con los ojos sin vida en dirección al techo y oye con palabras entrecortadas lo ocurrido.

Corre el anciano hacia la oscuridad, para alcanzar al malhechor que deshonoró su casa, que hizo caer en ruinas despiadadamente su dicha. Le siguen un par de amigos de la muchedumbre y la persecución comienza por las estrechas callejas.

En una plaza silenciosa, iluminada por la luna, ven la figura tenebrosa del extraño. — ¡Alto, cobarde! — ruge con voz de trueno el comendador. Saca tu espada para que yo pueda lavar la infamia que has causado en mi casa.

— ¿Un cobarde, yo? ¡Viejo, no estás en tus sentidos! — dice burlescamente el otro. Sería mejor que te ocuparas del reposo. Tu brazo ya no es bastante fuerte para procurarte expiaciones. ¡Está mal que los viejos se pavoneen como un gallo!

La espada del viejo sale de la vaina; el burlador tiene que hacer lo mismo. Las hojas se cruzan duramente a la luz de la luna, y azules chispas saltan del acero. El viejo sabe manejar bien la espada, nadie podría negárselo. Pero alrededor de la hoja del extraño hierva la muerte y es invencible como el infierno.

Un sordo grito; de la mano del anciano cae la espada. Y mientras los amigos le rodean, desaparece veloz el malhechor en la noche.

Pasan los meses. Raramente se habla ya de aquella fiesta matrimonial de la muerte. Una nueva tumba adorna el cementerio de Sevilla, coronada por la estatua de mármol del comendador. Allí está pálido, con la mano en el puño de la espada, la mirada hacia el cielo. Desde arriba irradia el pálido resplandor de la luna y se estremece leve sobre las viejas tumbas. Fantasmal brilla la estatua del comendador, los surcos severos de la boca parecen más duros. Está allí como un símbolo de la venganza, como un mensajero del mudo reino de los espectros.

En el camino resuenan pasos ligeros. De las sombras oscuras sale de repente el extraño y mira con burla furiosa la estatua de su víctima.

— Ola, viejecito, ¿cómo estás — ironiza insolentemente. — ¿Se aburre uno en el reino de los fantasmas? ¿No corre allí el vino, no hay bocas que besar, no suena el acorde de la guitarra al beber?

Te compadezco, pero no fué culpa mía. Tu celo me ha forzado a la pelea. Pero lo hecho, hecho está, y sería inútil quebrarse la cabeza por esas cosas. Pero para que veas que no te quiero mal, te invito para mañana a una fiesta en mi casa. Una mesa bien cubierta, el mejor vino y hermosos labios para besar. Corazón, ¿qué más anhelas? Eso basta para conmover a una estatua de mármol. ¿Vienes? ¿Aceptas mi invitación?

Un estremecimiento sacude la fría piedra, y su blanca frente se ilumina amenazadora. Los blancos labios se mueven, y desde lo hondo de la tumba resuena en el oído del malhechor: — ¡Iré. Espérame!

El malhechor queda confundido, se restrega los ojos. ¿Qué era? ¿No se me habló? ¿No me entorpece la embriaguez del vino, el espejismo de los sentidos? Me parece que el muerto aceptó la invitación. ¡Sería una broma! ¡Un huésped de mármol en la fiesta! ¡Pues sea, estoy dispuesto a recibirlo!

Claro resplande el aposento a la luz de las bujías, seductoras suenan las cuerdas de las guitarras. La mesa está cubierta, pero faltan todavía huéspedes. Pues fuera azota con ímpetu la tormenta. Del negro cielo salen millares de rayos, el ruido del trueno resuena en el espacio. Como si los elementos se conjurasen. El aire está sofocante y como cargado de llamas. Invade como el fuego el corazón y los sentidos.

El extraño oprime la frente contra la ventana, iluminada por el vivo resplandor de los relámpagos, y contempla la acción de la naturaleza. Ese juego le parece una bacanal de pecados, la animación confusa de los fuertes elementos, y el corazón late más veloz en su pecho.

Así pasa poco a poco hora tras hora, y el furor de la tormenta zumba cada vez más fuerte. La media noche se acerca ya, pero la sala queda hoy desierta. Ningún huésped aparece en el festín.

Entonces ocupa su asiento en la mesa vacía y hace señas al criado para que le alcance la comida. — ¡Es fuerza inútil! Con este tiempo ningún huésped pasará mi umbral. Pero lo que no pasa hoy, será mañana. Así, pues, me considero mi propio huésped en esta fiesta. ¡Salud, amiguito! ¡Salud! ¡Este primer vaso por la libertad y el pecado!

Pero cuando lleva, altivo, la copa a sus labios, el son de las campanas anuncia las doce. Pesados pasos suenan por la tempestad, y la puerta de la casa se abre chirriando. Luego, el ruido retumba por la serie de corredores y una pesada mano toca a la puerta.

El criado queda inmóvil junto a la mesa y mira con mudo espanto hacia la puerta. El amo tiene que arreglárselas para recibir al tardío invitado. Con puño firme abre la puerta y ve la estatua del comendador en el umbral.

Me has invitado — dice con voz de tumba. Estoy aquí. ¿Tienes miedo a la visita? ¿Invade el arrepentimiento el falso corazón? Los muertos no rompen nunca su palabra.

¡Bienvenido, noble señor! Es para mí un gran honor recibirle en mi casa. ¡Tome asiento! Pero tenga cuidado, porque la silla no está hecha para tales huéspedes. ¿Puedo servirle? El vino es bueno. Una gota que no se encontrará mejor.

No estoy aquí para divertirte, suena en los labios del huésped como en una fosa. El que ha entrado en el reino de las sombras, no tiene necesidad de comida y bebida. He venido para disuadirte de tu maldad, un vengador de dios a quien infamas insolente.

¿Ves la rebelión de la naturaleza, los rayos del cielo que conmueven tu casa? ¿No oyes el rugido del trueno sobre nosotros? Es la cólera del creador que exige cuentas de los crímenes sin número que has cargado en salvaje maldad sobre tu cabeza.

En cada racha de viento suena la maldición de las víctimas, los estertores de aquellos que has pisoteado. Amor traicionado proclama tu culpa, corazones deshechos te acusan ante dios. Las horas de tu vida están contadas. Aprovecha los segundos fugitivos para salvar la bienaventuranza de tu alma. ¡Penetra en tí, malhechor! ¡Reconoce tus culpas! ¡Deja que el hondo arrepentimiento riegue tu pecho para que encuentres perdón en la muerte!

— Para ser una estatua de marmol no está mal hablado — interrumpe desvergonzadamente. Me parece que donde habitan las sombras se sabe apreciar

la retórica. Pero viene aquí equivocado. No estoy arrodillado ante mis hechos y estoy dispuesto a pagar el precio íntegro por cada hora de ardiente placer. Por eso me río de toda recompensa futura y me burlo de toda maldición que se me arroje.

¡Ah, si fuera verdad que me esperase un juez para pedir cuentas de mi acción! Le miraría intrépidamente en los ojos y me burlaría de la omnipotencia de su cólera. Si es el gran creador de todo lo que existe, entonces el pecado es también obra de su creación. Y si mi vida no es agradable al creador, toda la creación no es más que un capricho chupucero. Según la obra hay que juzgar al maestro.

Cuando dios formó en un tiempo a los hombres de tierra, inspiró vida a la muerta mole y no pensó que la vida es espíritu. Y el espíritu es alma, ley propia. Una palabra del creador domina las masas terrenas, pero no el espíritu que él ha creado. El cuerpo cae bajo los achaques de la muerte, pero el espíritu se perpetúa en las tumbas y deja su herencia a las generaciones futuras.

Es mi espíritu el que se resiste a sus agujones. En ciego furor puede deshacerme, pero no podrá nunca domeñar mi espíritu. ¡Puede aniquilar, pero no subyugar! El espíritu es el creador de su propio reino y se ríe de todo poder divino. ¡En el mismo borde de la tumba planta el estandarte de la rebelión!

— ¡Detente, atrevido! — Le interrumpe el huésped muerto. Ahora veo claro que ni el infierno podría dominar tu obstinación. Dios podría aplastarte como a un gusano, pero la hiel de tu escarnio saltaría desde los abismos infernales hasta el cielo. El tiempo será tu verdugo. Cuando tu fuerza vital sea vencida y el cuerpo y el espíritu se encorven al peso de los años, tu placer en el mal desaparecerá al fin de cuentas. La vida que abrazas hoy tan fogosamente, será un día vengadora de tus hechos.

— Hasta entonces todavía hay un buen trecho, dice burlescamente el otro. Antes que la nieve de los años

## El movimiento obrero en España

**Miguel Bakunin, la internacional y la Alianza en España (1868-1873)**

Por MAX NETTLAU

Un volumen de 132 páginas en 8.º mayor

Edición popular . . . . . \$ 0.50  
 Edición en papel pluma . . . . . \$ 1.—  
 Edición en papel pluma y encuadernado en tela . . . . . \$ 2.50

LOS PEDIDOS, ACOMPAÑADOS DEL IMPORTE, DIRIJANSE A M. TORRENTE: — PERU 1537.

cubra mi cabeza, una espada me atravesará el corazón. Pero ni los años podrían romper mi tenacidad.

—No, tú vivirás — dice el blanco huésped. Ninguna espada te abreviará el viaje por la tierra, pues el destino protegerá tu pecho como una coraza. ¡Vive, pues, hasta que se cumpla el tiempo y te llegue la última hora!

Con paso grave el huésped abandona furioso la casa. La tormenta muge violenta, rompe en astillas algunos árboles, pero la estatua de marmol marcha insensible por la noche, rodeado espectralmente por el resplandor de los relámpagos, hasta que se pierden a lo lejos el rumor de sus pasos.

Los años siguen a los años en el curso del tiempo. El sombrío invierno sigue a la hermosura de la primavera, el ardor del verano anuncia el fresco otoño.

Como las nubes de tempestad de las que irradian los rayos, sigue atrevido el caminante la ruta de su destino. Casi parece que los años templaron su voluntad e inflamaron más aún el ardor de los sentidos. Como un demonio se mece sobre los abismos, pero ningún vértigo detiene sus pasos. Corre de placer en placer en loca pasión, levanta audaz la bandera agitada del pecado, y la muerte y el infierno siguen sus huellas.

Ha vuelto a hipnotizar el corazón de una mujer y en la noche silenciosa marcha hacia el bien guardado balcón de la amada. En el jardín solloza el ruiseñor su canción, e intensos aromas penetran por la ventana. Embriagadora es la hermosa noche del verano, cargada con el fuego febril de los besos ardientes. Los senos de la mujer oprimen su pecho y ella bebe el ardor de sus besos. ¡Oh, noche de amor, llena de secretos pecados, o noche de pasión y de temerosos placeres, no huyas nunca!

En dulce embriaguez desaparecen veloces las horas, por el oriente se anuncia la clara luz del día. Entonces se levanta del muelle almohadón, mira adusto a la hermosa mujer que yace ante él en profundo sueño.

—Duerme bien, dice con leve ironía. Dura será la hora del despertar. Por eso es mejor que me retire mientras el sueño cierra tus ojos. Es siempre la misma canción, los pensamientos que se clavan y que roen en el arrepentimiento, la ola de lágrimas de la amarga vergüenza.

Pero cuando se vuelve hacia la ventana, un espejo le refleja su figura. Sonríe gratamente, airea el birrete; de repente un escalofrío recorre su cuerpo, pues en los negros rizos del cabello descubre su mirada el primer cabello blanco.

Un cabello blanco, mensajero de la vejez próxima. Como triste sombra baja la cabeza. Siente los leves aletazos del tiempo, pero se aparta rápido del espejo y se arroja ligero y seguro por el balcón.

Pero el pensamiento no le deja más. Perfora en el fondo de su alma y acecha mudo en el abismo de las sensaciones. Está en su cerebro como un fantasma, cuando al fin desaparece el recuerdo, llama suave a la delgada pared.

En vano se esfuerza por librarse del duende. Loco, se dice a sí mismo ¿qué te importan las cosas que están todavía ocultas en el tiempo? El presente es el nombre de tu reino, el favor de la hora la estrella de tu destino.

Todavía le atraen las cuerdas de la guitarra, el vino, el amor. ¡Si quieres la primavera, piensa en

el otoño! Un momento vale más que mil años. ¡El que no aprovecha la hora es un imbécil!

Pero el recuerdo no quiere desaparecer más. Cuando está en la rueda de los alegres bebedores y lleva la copa llena a los labios, piensa de repente en el cabello blanco. Ve la nieve de la vejez en la cabeza, la mirada lagrimeante de los ojos apagados — y en el vaso el vino se transforma en hiel.

Cuando abraza en fogoso placer el cuerpo de la mujer y besa los húmedos labios en salvaje ardor, se agita el pensamiento en su cerebro y mata la codicia de placer de los sentidos.

Si suenan las cuerdas para la danza alegre, se le clava el recuerdo en el corazón y parece que llegan a su oído sonos mortuorios. Una marcha mortuoria, se dice a sí mismo, y un muerto a quien se lleva a la tumba. Me parece que es mi propio cortejo, yo mismo sigo el propio féretro.

¡Que así sea! El otoño está próximo. La vejez puede amargarme la embriaguez, pero no domeñará ningún invierno mi rebeldía.

Así va incesantemente por el camino de su destino, cruzando lejanos países, lejanos mares, hasta que ve ante sí la última frontera.

Gris está el cielo. Bosteza el desierto.

Extendida en obscura arena yace una esfinge de negra piedra marmórea, con la mirada hundida en el yermo reino de la lejanía.

Ni odio ni amor irradian de esa mirada, los ojos están rodeados de profundo ensueño, y en la fría magnificencia de los labios mudos se refleja sonriente levemente la más silenciosa eternidad.

El segundo caminante mira a la esfinge en los ojos, pero no puede comprender sus enigmas y cae sin decir palabra en el polvo del desierto.

**Editorial LA PROTESTA**

**NUEVAS PUBLICACIONES**  
Errico Malatesta

**ANARQUIA**

48 páginas. Con tapa artística haciendo juego con nuestra edición de **EN EL CAFE.**

**PRECIO: \$ 0.20**

Eliseo Reclus

**A MI HERMANO EL CAMPESINO, nueva edición.**  
30.000 ejemplares. A pesos 2.00 el ciento, para repartir gratis

**EL EJEMPLAR 10 Cts**

ERRICO MALATESTA

# Los anarquistas y los socialistas

## Afinidades y contrastes

Anarquistas y socialistas somos igualmente esemigos de la sociedad burguesa. Unos y otros queremos abolir el capitalismo, abolir la explotación del hombre sobre el hombre; queremos que las riquezas naturales y el trabajo humano sirvan para satisfacer las necesidades de todos y no ya para dar un beneficio a los usurpadores de los medios de producción. Socialistas y anarquistas quieren que los hombres cesen de vivir a costa del dolor ajeno, de ser lobos que se devoran uno a otro, y que la sociedad entre los hombres sirva para asegurar a todos el mayor bienestar posible, el mayor desenvolvimiento material, moral e intelectual.

Nosotros, anarquistas y socialistas, queremos, pues, substancialmente, lo mismo y, aun cuando parezcamos adversarios y enemigos, somos naturalmente hermanos.

Pero diferimos, se dice, sobre el medio para demoler y el modo de reconstruir.

Perfectamente; pero no hay que hacer equívocos sobre los medios que preconizamos y sobre el modo cómo entendemos realizar la transformación social y llegar a la realización de nuestro ideal.

Nosotros, los anarquistas, estamos todos o casi todos convencidos de que la sociedad burguesa basada en la violencia no caerá más que bajo los golpes de la violencia de los proletarios, y por tanto tendemos a una preparación moral y material que pueda conducir a una insurrección victoriosa.

Mal se trata de hacer creer que nosotros quiéramos provocar huelgas, escaramuzas, conflictos violentos a cada momento. "Nosotros queremos vencer", y por eso no tenemos ningún interés en consumir nuestras fuerzas y las del proletariado sin ton ni son. A pesar de las mentiras de las hojas policiales, es sabido por todos que en todos los episodios sangrientos de los últimos tiempos no hubo nunca un verdadero y propio conflicto, sino simple agresión no provocada, a menudo asesinato premeditado de parte de la fuerza pública.

Nuestra prédica, dando esperanzas y fe en

un movimiento general resolutivo, tiende a evitar los hechos particulares derrochadores de fuerzas y a iniciar una preparación metódica que pueda asegurar la victoria.

Pero eso no quiere decir que debemos refrenar, cuando se producen, las explosiones de la ira popular. La historia es movida por factores más poderosos que nosotros, y no podemos pretender que espere nuestra conveniencia. Aun continuando nuestra preparación, entendemos obrar siempre que se presente la ocasión y extraer de toda agitación espontánea el máximo de resultados posibles para los fines de la insurrección libertadora. Y como estamos también convencidos de que el parlamento y todos los órganos estatales no pueden servir como instrumentos de liberación y que todas las reformas hechas en el régimen burgués tienden a conservar y a reforzar el régimen mismo, somos decididamente contrarios a toda participación en las luchas electorales y a toda colaboración con la clase dominante; queremos profundizar el abismo que separa al proletariado del patronato y agudizar cada vez más la guerra de clase.

En todo esto estamos claramente en contraste con los socialistas reformistas, pero podríamos hallarnos perfectamente de acuerdo con los socialistas llamados maximalistas. Y en efecto hubo un período en que parecía asegurada una cordial cooperación entre nosotros y los llamados maximalistas; y si las relaciones se han ido enfriando después ha sido porque en nosotros va disminuyendo la fe en su real voluntad revolucionaria. A pesar del absurdo de querer hacerse enviar al parlamento cuando no se podía hacer nada, creemos en sus buenas intenciones manifestadas en el "Avanti!" y en los comicios electorales. Pero después... vino lo que vino, y nosotros, en la duda, nos hemos preguntado si todo aquel fuego revolucionario era efecto de transitoria excitación o simple engaño electoral.

De cualquier modo, si los dirigentes socialistas quieren obrar, saben que nosotros no quedaremos atrás. Mientras tanto nos dirigimos

directamente a los jóvenes y a las masas socialistas, que quieren de veras la revolución.

Pasemos ahora a la cuestión de lo que nos proponemos hacer después de la insurrección victoriosa.

Esta es la cuestión esencial, puesto que es nuestro modo de reconstruir lo que constituye propiamente el anarquismo y que nos distingue de los socialistas. La insurrección, los medios para destruir son cosas contingentes, y en rigor se podría ser anarquistas también siendo pacifistas, como se puede ser socialistas siendo insurreccionistas.

Se ha dicho que los anarquistas son antiestatales y es justo; pero ¿qué es el Estado? Estado es palabra sujeta a cien interpretaciones, y nosotros preferimos adoptar palabras claras que no den lugar a equívocos.

A pesar de que la cosa pueda parecer nueva a quien no ha penetrado el concepto fundamental del anarquismo, la verdad es que los socialistas son violentos, mientras que nosotros somos contrarios a toda violencia, salvo cuando nos es impuesta, por razón de defensa, por la violencia ajena. Hoy estamos por la violencia, porque es el medio necesario para abatir la violencia burguesa; estaremos mañana por la violencia si se nos quisiera imponer violentamente un modo de vida que no nos conviniese. Pero nuestro ideal, la anarquía, es una sociedad fundada en el libre acuerdo de las libres voluntades de los individuos. Estamos contra la autoridad, porque la autoridad es la violencia, en la práctica, de los pocos contra los muchos; pero seríamos enemigos de la autoridad igualmente aunque fuese, según la utopía democrática, la violencia de la mayoría contra la minoría.

Los socialistas son dictatoriales o parlamentarios.

La dictadura, titúlese dictadura del proletariado si se quiere, es el gobierno absoluto de un partido, o más bien de los jefes de un partido que imponen a todos su programa especial, cuando no sus especiales intereses. Se anuncia siempre provisoria, pero, como todo poder, tiende a perpetuarse y a engrandecer las propias atribuciones, y acaba, bien provocando la rebelión o consolidando un régimen de opresión.

Nosotros, los anarquistas, no podemos dejar de ser adversarios de toda dictadura, cualquiera que sea. Los socialistas, que preparan los ánimos para soportar la dictadura, piensan al menos en asegurarse que vayan al poder los dictadores que ellos desean, pues, si el pueblo está dispuesto a obedecer, hay siempre peligro

en que obedezca a los más hábiles, es decir a los más malvados.

Queda el parlamento, la democracia.

La longitud limitada de un artículo no nos consiente ahora rehacer la crítica al parlamentarismo y demostrar cómo éste no podrá nunca interpretar las necesidades y las aspiraciones de los electores y acaba necesariamente creando una clase de politicantes con intereses propios distintos de los del pueblo y a menudo contrarios a él.

Nosotros, aun en la mejor y en la más utópica hipótesis de que los cuerpos elegidos consigan representar la voluntad de la mayoría, no podremos nunca reconocer en la mayoría el derecho a imponer la propia voluntad a la minoría por medio de la ley, es decir, por medio de la fuerza bruta.

Pero ¿quiere decir esto que no queremos organización, coordinación, división y delegación de funciones?

De ningún modo. Comprendemos toda la complejidad de la vida civilizada y no queremos renunciar a ninguna de las ventajas de la civilización; pero queremos que todo, incluso las necesarias restricciones de libertad, sea el resultado del libre acuerdo, en que la voluntad de cada uno no es violentada por la fuerza ajena, sino que es templada por el interés que todos tienen en ponerse de acuerdo, no solamente por los hechos naturales independientes de la voluntad humana.

La idea de la libre voluntad parece asustar a los socialistas. Pero en todo lo que depende de los hombres ¿no es siempre la voluntad la que decide? ¿Y por qué entonces la voluntad de los unos más bien que la de los otros? ¿Y quién decidiría de la voluntad que tiene derecho a prevalecer? ¿La fuerza bruta? ¿la que lograrse asegurarse un cuerpo de polizontes bastante fuerte?

Nosotros creemos que se podrá lograr el acuerdo y llegar al mejor modo de convivencia social sólo si nadie puede imponer su voluntad con la fuerza, y cada cual deberá por tanto buscar, por la necesidad de las cosas y no sólo por impulso fraterno, el modo de conciliar los deseos propios con los de los demás. Un maestro de escuela, se me ocurre el ejemplo, que tenga el derecho a apalea a sus discípulos y se hace obedecer con la disciplina, se ahorra todo esfuerzo mental para comprender el alma de los niños a él confiados y educa salvajes; en cambio, un maestro que no puede ni quiere pegar trata de hacerse amar y lo consigue.

Somos comunistas; pero no queremos el comunismo impuesto por los esbirros. Ese comu-

nismo no sólo violaría la libertad que nos es cara, no sólo no lograría producir efectos benéficos porque le faltaría el cordial concurso de las masas y debería contar sólo con la acción estéril y pernicioso de los burócratas, sino que conduciría seguramente a la rebelión, la cual, siendo anticomunista por las circunstancias, correría el riesgo de acabar en una restauración burguesa.

Esta diferencia de programa entre nosotros y los socialistas ¿nos convertirá en enemigos al día siguiente de la revolución, e inducirá a los anarquistas, que probablemente estarán en minoría, a preparar una nueva insurrección violenta contra los socialistas?

No, ciertamente.

La anarquía, lo hemos repetido a menudo, no se hace por la fuerza y no podríamos querer imponer a los otros nuestras concepciones,

sin cesar de ser anarquistas. Pero nosotros, los anarquistas, quisiéramos vivir anárquicamente cuando las circunstancias exteriores y la capacidad nuestra nos lo permitan.

Si los socialistas nos dejan libertad de propaganda, de organización, de experimentación; si no quieren obligarnos por la fuerza a obedecer sus leyes cuando supiésemos vivir ignorándolas, entonces no habrá ninguna razón de conflicto violento.

Una vez conquistada la libertad y asegurado el derecho a disponer de los medios de producción, contamos, para el triunfo de la anarquía, sólo con la superioridad de nuestras ideas. Y en tanto podremos concurrir todos, cada cual con los métodos suyos, al bien común.

Pero si en cambio los gobernantes socialistas quisieran, con la fuerza de los polizontes, someter a los recalescentes a su dominación, entonces... sobrevendrá la lucha.

J. C. VALADES

## Precursores del socialismo antiautoritario en México

He aquí la situación general de México en 1875:

Había regresado al país, lleno de honores y de poder, el general Antonio López de Santa Ana — el hombre que durante treinta años, subió y bajó presidentes mexicanos —, en calidad de presidente de la república.

Los caudillos de la revolución tomaron a su cargo todos los monopolios económicos; se introdujo en las fábricas y talleres el maquinismo y la división del trabajo; se arrebató con todo lujo de fuerza, la tierra a los campesinos; en Yucatán, los hombres, las mujeres y los niños, eran vendidos a los mercaderes de la Isla de Cuba.

En esta situación, que sintéticamente relatamos, se constituyó, el 5 de junio de 1853, la primera organización obrera en México, llamada Sociedad Particular de Socorros Mutuos (1) e integrada por obreros del ramo de sastrería.

El espíritu de asociación había de crearse alrededor de esta sociedad.

La declaración de principios de la Sociedad Particular, constituyó un verdadero desafío a la dictadura del general Santa Ana; fué este centro el único que en aquel entonces se atrevió a reclamar los derechos de libertad, igualdad y fraternidad (2).

Santa Ana, acababa de expedir una terrible ley llamada de conspiradores, "según la cual, los reos de este delito debían ser sumariamente juzgados en consejo de guerra y fusilados inmediatamente" (3), así "palabras y hechos bien inocentes, fueron calificados

de conspiración, y muchos ciudadanos que no habían cometido semejante delito, perecieron víctimas de la bárbara crueldad con que aquella ley fué aplicada" (4). Además, se había ordenado la leva y miles de artesanos, jornaleros y labradores, fueron llevados a los cuarteles (5).

Sin embargo, la naciente Sociedad Obrera, condenaba fuertemente los sistemas esclavistas, a los que dividía en dos formas: "La esclavitud antigua que nos mantuvo durante tres siglos bajo la opresión española" y "la esclavitud moderna, que arrebató las ganancias de nuestro trabajo" (6).

Los objetivos de la Sociedad Particular de Socorros Mutuos, eran: el establecimiento de sucursales de la Sociedad en las primeras ciudades de la república; la fundación de un Banco protector de las clases proletarias; la constitución de un asilo para mendigos y para obreros inhabilitados para el trabajo; la formación de grandes centros obreros para buscar el mejor tratamiento en el interior de los talleres; la reglamentación de un sistema de socorros a los socios enfermos y de auxilios a las familias de los que fallecieron; la lucha por la paz en el país, llamando al seno de la Sociedad a todos los pobres con el fin de que en las contiendas políticas permanecieran alejados de la miseria y de la muerte".

Poco tiempo bastó para que la Sociedad lograra aumentar el número de socios; pues habiendo sido fundada por 33 trabajadores, un mes después, contaba con más de ciento veinte (7). Así también sus actividades llegaron a otros gremios. En los últimos

días de julio (1853), se organizó la Sociedad Mutua del ramo de Sastrería (8).

Las bases de la nueva Sociedad, tienen un carácter de resistencia. Establecen que sólo podrán pertenecer a la agrupación los obreros sastres, y siempre que éstos no sean propietarios ni de pequeños talleres, a fin de evitar que los patronos tuvieran acceso a la Sociedad (artículo 31). Al mismo tiempo, se dice que la "Sociedad Mutua del Ramo de Sastrería estará formada únicamente de socios que se denominarán activos y permanentes, quedando por lo tanto, abolidos los siales honoríficos, que siempre se ofrendan a personajes nocivos a los intereses de los asociados" (artículo 49).

Pero no fué posible continuar por mucho tiempo la obra emprendida por los sombrereros. Las reuniones de las naciétes sociedades, fueron calificadas por los agentes de la autoridad como centro de conspiración, y en el mes de septiembre, Epifanio Romero, uno de los más activos propagandistas del unionismo, y presidente de la Sociedad Particular de Socorros Mutuos, fué encarcelado (9).

Epifanio Romero, nació en la ciudad de Morelia, Estado de Michoacán, en el mes de enero de 1824. Siendo muy joven, llegó a la capital de la república en busca de trabajo. Su pobreza no le permitió concurrir a la escuela y aprendió las primeras letras en un taller de sastrería, en donde se le daban dos reales semanales a título de salario y se le permitía pasar las noches en el mismo taller con la obligación de asear diariamente las habitaciones del patrón. Inconforme con estas exigencias y teniendo grandes aficiones artísticas, se propuso aprender la ebanistería, y poco tiempo después logró colocarse en una de las mejores casas del ramo en la capital.

En 1844, en unión de varios artesanos del mismo oficio, organizó la Sociedad Artístico Industrial, con el único objeto de perfeccionar a los trabajadores ebanistas. Pero la guerra de México con los Estados Unidos, en la que Romero tomó participación como voluntario en uno de los cuerpos organizados en la ciudad de México, dió fin a la Sociedad Artístico Industrial.

Encarcelado Romero por sospechoso, como queda dicho más arriba, en septiembre de 1853, logró fugarse un mes más tarde de la prisión y se marchó al sur del país, inscribiéndose en las filas de la revolución del partido Liberal, encabezada por el general Juan Alvarez (Plan de Ayutula. — Ayutula, 1 de marzo de 1854), permaneciendo en la lucha armada hasta el triunfo de la república, en 1867 (10).

Poco después de la aprehensión de Romero, el local de las sociedades fué clausurado por orden del Gobierno de Santa Ana, y así los primeros esfuerzos de organización obrera, quedaron deshechos.

Las luchas entre liberales y conservadores continuaron con más vigor, hasta que el partido liberal llegó a ocupar el poder, decretando las famosas leyes para la venta de los bienes del clero (28 de junio de 1856), y que el liberalismo asegura ¡aun después de setenta y dos años! que ha sido la mejor prueba de su acercamiento al pueblo, y a pesar de que el ministro de Hacienda de aquel entonces, declaró que los bienes del clero que habían sido rematados, no habían beneficiado a las clases pobres, porque habían quedado en manos de los propietarios de siempre (11).

Estos actos de la demagogía liberal, aumentados con la promulgación de la constitución de 1857, en la que se establecen las libertades políticas; la abo-

lición de la esclavitud; la igualdad ciudadana; la libre expresión del pensamiento; la obligación remuneradora del trabajo y que instituye el gobierno federalista, envolvieron al pueblo, haciéndole creer que había llegado el momento que las montañas se hicieran de azúcar y los ríos de leche. ¡Un caso igual al que presenta actualmente la demagogía socialista mexicana!

Las promesas del partido Liberal, llegaron más adelante, pues el presidente Comonfort, ofreció la formación de grandes colonias agrícolas en las que se podría trabajar libre y comúnmente. ¡Cuántos fueron entusiasmados con esta promesa! Entre ellos se encontró Plotino C. Rhodakanaty, el primer socialista en México.

Plotino C. Rhodakanaty, nació en Atenas, Grecia, el 14 de octubre de 1828. Su padre, combatiente en la guerra de independencia de la Grecia encadenada por los turcos, murió en los albores del triunfo de los griegos; era médico y escritor. Su madre, de origen austriaco, llevó al pequeño Plotino a Viena, Austria, al lado de los abuelos maternos, que según tenemos entendido, disfrutaban de algunas posibilidades económicas (12).

En 1848, la familia de Rhodakanaty se trasladó a Berlín, en donde Plotino continuó los estudios de medicina que había principiado en Viena; pero su pasión era la filosofía. Admirador y discípulo de Hegel, se formó una concepción panteísta, que más tarde le llevó a escribir varias obras y a establecer una escuela en la ciudad de México (13).

Rhodakanaty, radicó en Berlín hasta 1856, aunque en 1850, hizo un viaje a París, con el exclusivo objeto de conocer a P. J. Proudhon, quien le había cautivado con la obra "¿Qué es la propiedad?", según relata en una carta (Chalco, México, 15 de enero de 1866), a su amigo francisco Zalacosta (X). Además, tenemos entendido que después del viaje a París, y radicando en Berlín al lado de sus familiares, tuvo oportunidad de hacer otros viajes por algunas capitales europeas.

Habiendo regresado sus familiares a Viena, Rhodakanaty se dirigió a París en 1857, para proseguir sus estudios de filosofía, y entonces publicó su primer libro, "De la Naturaleza" (París, 1860), tal vez en francés. Al mismo tiempo, perfeccionaba sus estudios de varios idiomas y con ahínco aprendía el castellano.

Las leyes expedidas por Comonfort, le entusiasmaron, y la invitación que el presidente mexicano hizo especialmente a los extranjeros, para la formación de colonias agrícolas independientes, resolvió el viaje de Rhodakanaty a México (14).

Pero cuando se disponía a embarcar rumbo a las costas mexicanas, llegó a Europa la noticia de la caída del gobierno de Comonfort y luego la que anunciaba la terrible guerra de Reforma. Estos acontecimientos le retuvieron en Francia, y a fines de 1860 se trasladó a España, con el objeto de familiarizarse con el idioma.

Triunfante el gobierno liberal de Juárez, Rhodakanaty, abandonó a España y desembarcó en Veracruz, en los últimos días de febrero de 1861. Inmediatamente se dirigió a la ciudad de México, con el objeto de activar los trabajos para la formación de la colonia; pero se encontró con que los planes de las colonias "Nueva", "Eureka" y otras, trazados por Comonfort, habían pasado al olvido.

No desmayó Rhodakanaty, y entonces pensó en realizar el proyecto independientemente del gobierno. Y con el objeto de dar amplitud a su idea y de

formar un grupo de amigos que le ayudaran en el propósito, escribió un folleto intitulado "Cartilla socialista o sea el catecismo elemental de la escuela de Carlos Fourier. — El falansterio" (XX). (Imprenta de V. G. Torres — México, 1861. — 16 págs en 8.º).

El prólogo de este folleto, explica a grandes rasgos la necesidad de fundar colonias agrícolas para ser trabajadas en comunidad, con el objeto de demostrar al pueblo que "el socialismo es tangible". Luego, y en el texto del primer capítulo, dice: "Pregunta: ¿Cuál es el objeto más elevado y razonado a que puede consagrarse la inteligencia humana? Respuesta: La realización de la Asociación Universal, de individuos y de pueblos, para el cumplimiento de los destinos terrestres de la humanidad. — Pregunta: ¿Cuál es el estado actual de la humanidad? — Respuesta: Los hombres están divididos en toda la tierra por intereses de industria, de clases, de partidos, de nacionalidades, etc., que engendra entre ellos, con detrimento de todos y cada uno, hostilidad y odios más o menos violentos, en lugar de la buena armonía que debería unirlos para su felicidad y para el cumplimiento de sus destinos comunes. De tal suerte, que a pesar de los maravillosos progresos realizados en los tres últimos siglos, por las naciones de Europa, la humanidad está aún universalmente sometida al reino del mal" (pág. 5).

Considera Rhodakanaty, que el hombre nació en el bien; pero que las condiciones de la sociedad se encuentran establecidas de tal manera, que no hacen pensar más que en una continua guerra entre el pueblo, trayendo por consecuencia "una ignominiosa dominación del hombre por el hombre".

Explicando las ideas de Fourier, dice Rhodakanaty: "El sistema societario descubierto por Fourier y propuesto por la escuela societaria, sea bueno o malo, justo o falso, no impide que nos ocupemos relativamente a la propagación que hacemos en la sociedad actual de la posición más legítima posible, puesto que no aspiramos a imponer, ni tampoco a una aplicación general, sino a un ensayo local (refiriéndose a la proyectada colonia agrícola), a una experiencia práctica, para que la sociedad pueda juzgar, dejando la generalización de nuestro sistema a la espontánea y voluntaria acción de la humanidad, que si lo encuentra superior al sistema actual, no dejará de apresurar a apropiárselo, tan luego como vea sus beneficios y consoladores resultados.

Fourier y su escuela, proceden a la manera de los sabios e ingenieros, que hacen un descubrimiento y piden que se pruebe su bondad ensayándolo, y no a la manera de los reformadores políticos, que han obrado o pretendido obrar sobre la sociedad, formulando leyes, creencias y obligaciones, derechos y deberes nuevos e imponiendo reformas por una legislación apasionada y espúrea la más de las veces" (Pág. 9).

Perfectamente se entiende los propósitos de Rhodakanaty, y se comprende el por qué jamás haya presentado un plan para la colonia agrícola. Si había un grupo de hombres deseoso de participar en el ensayo, ¿para qué un programa? Para llevar a cabo cualquier propósito, basta la idea. Los programas se inventaron para mantener las promesas y para equilibrar los engaños.

Pero los proyectos de Rhodakanaty no tuvieron la acogida que seguramente esperaba. ¿Era tal la situación del país! Los campesinos, burlados en sus esperanzas, se lanzaron a las luchas armadas; una gran parte de los del sur de México, se unieron al general conservador Juan Vicario, cansados de las

promesas demagógicas del liberalismo. Además, poco tiempo después, los gobiernos de Francia, España e Inglaterra, llegaron en conquista armada al puerto de Veracruz, y más tarde, el ejército expedicionario francés avanzó al centro del país hasta ocupar la ciudad de México, y provocando una sangrienta guerra, trajo al archiduque Maximiliano de Hapsburgo al trono imperial mexicano.

El primer biógrafo anónimo de Plotino C. Rhodakanaty, asegura que al fracaso de la colonia agrícola, éste ocupó una cátedra de filosofía en el colegio de San Ildefonso, en la ciudad de México (15); pero un examen sobre todas las fuentes a nuestro alcance, no nos confirmó este dicho. Lo más probable es que Rhodakanaty concurre a San Ildefonso en calidad de estudiante o bien que hubiera ocupado esa cátedra en algún colegio particular.

De todas maneras, el hecho es que Rhodakanaty tuvo oportunidad de trabar amistad con algunos estudiantes mexicanos. Su folleto sobre el fourierismo formó a los primeros simpatizantes del socialismo en México.

En 1863 intentó establecer una escuela; pero la situación violenta creada por la guerra franco-mexicana, lo hizo desistir de su propósito. Sin embargo, logró reunir un grupo de amigos con el objeto de discutir cuestiones filosóficas. En los primeros meses de 1864, publicó una nueva obra intitulada "Neopanteísmo, consideración sobre el Hombre y la Naturaleza" (160 págs. en 8.º, y que según el catálogo bibliográfico del señor Emeterio Valverde y Tellez (16), el "excéntrico" Rhodakanaty, reunió una serie de "disparates y absurdos" (XXX).

A pesar de lo asentado por Valverde y Tellez, el libro de 1864, produjo una viva discusión entre los estudiosos de aquella época; el grupo de amigos, formado por Rhodakanaty, se consolidó definitivamente.

Así, Francisco Zalacosta, Santiago Villanueva y Hermenegildo Villavicencio, con la cooperación íntima y fraternal de Rhodakanaty, iniciaron nuevamente la asociación obrera que, en 1853, habían emprendido los obreros del ramo de sombrerería, al fundar la Sociedad Particular de Socorros Mutuos.

Francisco Zalacosta, es el tipo más interesante: sencillo, inquieto, honesto: un hombre que se hizo a sí mismo y que se formó en la rebeldía ante los dogmas y disciplinas. Nació en la ciudad de Durango, México, el 1 de marzo de 1844. Hijo de un oficial del ejército liberal, fué llevado a la capital de la república por su padre, que marchaba con las huestes triunfantes del general Ignacio Comonfort, a quien se había unido en el Estado de Guanajuato. Pero el padre murió en uno de los tantos combates de la guerra de Reforma, y el niño Francisco quedó abandonado en la ciudad de México. Una familia rica, lo recogió y lo envió a la escuela. Pronto se encontró con un joven inteligente y cargado de inquietudes; pues a pesar de que la familia que lo había adoptado pertenecía al partido clerical, Zalacosta era un ardiente partidario de los liberales, haciendo a un lado las múltiples insinuaciones religiosas del hogar. La familia que tan paternalmente le cuidó, le sostenía con todo gusto en sus estudios preparatorios. En aquel año que Zalacosta se puso en contacto con Rhodakanaty, terminaba sus primeros cursos y se disponía a ingresar a la facultad de medicina (17).

Carecemos de noticias amplias, anteriores a 1864, sobre Santiago Villanueva. Plotino Rhodakanaty, lo cita en algunas de sus cartas con el nombre de Juan Villareal, nombre supuesto que seguramente usó Vi-

llanueva en el principio de sus luchas, quizás con el objeto de no entorpecer sus estudios. En 1879, "El Socialista", publicó su biografía; pero no hemos querido seguirla, puesto que más tarde, en el mismo periódico, encontramos inexactitud en infinidad de datos biográficos; aun la fecha de su nacimiento estaba equivocada, ya que se le hizo aparecer con diez años más. Hemos preferido, pues, las noticias obtenidas en algunas cartas de Rhodakanaty y en las actas del congreso obrero de 1876, en la ciudad de México.

Nació Santiago Villanueva, en la ciudad de México, en el mes de febrero de 1838, de una familia obrera bastante pobre. Desde temprana edad se dedicó a la ebanistería y más tarde se consagró a la escultura en donde alcanzó grandes progresos. En 1861, terminó un curso de dibujo en la academia de San Carlos y había conseguido concurrir a las clases de anatomía de la facultad de medicina. Era, según Rhodakanaty, "un joven bohemio poco ordenado" (carta a Zalacosta, del 21 de marzo de 1870). Pero las ideas socialistas atrajeron poderosamente la atención de Villanueva, quien consagró los últimos años de su vida a su propagación y práctica, vigorosamente.

Los datos para formar la biografía de Hermenegildo Villavicencio, se encuentran, hasta el presente, perdidos. Sólo sabemos que nació en un pueblo cercano a la ciudad de México. Siendo estudiante aventajado en la facultad de medicina, murió a los 27 años, en diciembre de 1869.

La actividad de aquel grupo, tuvo pronto resultados. Villanueva reorganizó en el mes de octubre de 1864, la Sociedad Mutua del Ramo de Sombrerería, y en los primeros días de noviembre siguiente, la Sociedad Mutua del Ramo de Sastrería, que volvió a la vida después de diez años de su disolución.

Pero ¿qué orientación había de darse a la asociación obrera? Dos ideas, que pronto chocaron, aparecieron en el naciente movimiento obrero: Mutualismo o socialismo. Los obreros que habían figurado en las efímeras sociedades de 1853, apoyaron decididamente el mutualismo, mientras que los jóvenes estudiantes propagaban el socialismo, especialmente Zalacosta, ya que Villanueva, de acuerdo con Rhodakanaty, representaba siempre un papel conciliador, pues según ellos, antes que "un acto de exigencia", estaba un sentimiento de fraternidad. El mutualismo, sentaba su práctica en: cajas de aborros, ayuda médica a los socios enfermos; seguro de muerte; reciprocidad con los propietarios. El socialismo pedía: lucha por un mejoramiento económico e inmediato; sociedades obreras de resistencia; asociación independiente de los trabajadores y dispuesta a defenderse de los ataques del Estado y del capitalismo.

"¿Qué es lo que debe animar a la asociación obrera?" — Preguntaba años más tarde Zalacosta, en su periódico "La Internacional". Y esa era la interrogación principal al iniciarse los trabajos de organización en 1864. Rhodakanaty, Villanueva y Villavicencio, se inclinaron, por espíritu de conciliación, al mutualismo, aunque sin dejar de propagar la idea socialista en su propio círculo. Con el objeto de establecer ese círculo propio, para ser ocupado en la propaganda del socialismo, en enero de 1865, se fundó el Club Socialista de Estudiantes, en la ciudad de México.

Bastante caro había de pagar el socialismo anti-autoritario, esta actitud conciliadora de Rhodakanaty. Así fué como se dejó el camino expedito para que años más tarde, el movimiento obrero cayera en poder de gente sin escrúpulos, convirtiéndolo en

una escuela profesional de líderes y de políticos obreristas. Si la idea hubiera sido propagada dentro de la organización, sin encerrarla en un círculo exclusivo, el movimiento obrero mexicano, hubiera perdurado a través de la dictadura porfiriana, manteniendo su tradición libertaria.

La obra emprendida por Villanueva al organizar sociedades obreras, continuó haciendo progresos. Entre tanto, el partido conservador había triunfado, habiendo hecho llegar a México al archiduque Maximiliano (junio de 1864). En el mes de marzo de 1865, las sociedades del ramo de sombrerería y sastrería, recibieron con beneplácito, la noticia de que los obreros de las fábricas de hilados y tejidos San Ildefonso y La Colmena, querían organizarse a fin de emprender la defensa de sus intereses. Una numerosa comisión formada en su mayoría por obreros sombrereros y en la que figuraron Zalacosta y Villanueva se dirigió desde luego al llamado de los trabajadores del ramo textil. El 15 de marzo se efectuó, en un punto intermedio de las mencionadas fábricas, un gran baile, al que asistieron obreros, empleados y patronos a fin de celebrar la fundación de la Sociedad Mutua del Ramo de Hilados y Tejidos del valle de México.

Desde el mes de enero del año últimamente citado, los obreros de la fábrica San Ildefonso, habían sufrido una rebaja en sus jornales, a razón de medio real en cada vara de manta. Además, se había puesto en la calle a más de cincuenta trabajadores por pretendidas economías en la negociación. Por otra parte, la tienda de raya embargaba semanalmente el salario de la mayor parte de los obreros, y para finalizar, los patronos fijaron el siguiente horario de trabajo, en rigor desde el 1 de mayo: Para las mujeres, de las cinco de la mañana a las seis y cuarenta y cinco de la tarde; para los hombres, de las cinco de la mañana a las siete cuarenta y cinco de la noche.

Creada la organización y considerando la situación agobiadora en que existían, los obreros de San Ildefonso, determinaron abandonar el trabajo, hasta tanto no se les dieran algunas ventajas económicas, el diez de junio. Al día siguiente, los trabajadores de la fábrica La Colmena, paralizaron igualmente sus labores. Fué la primera huelga que, organizadamente, se llevó a cabo en México.

Un corto, conciso y patético manifiesto (Valle de México, a 16 de octubre de 1865), relatando los sufrimientos y explotación de que eran víctimas los obreros del ramo textil en huelga, fué dirigido a las autoridades imperiales, tal vez con la esperanza de obtener protección.

Por toda respuesta el jefe político del gobierno imperial en Tlanepantla, Eulalio Núñez, recibió orden del gobierno para que diera garantías a los propietarios de la fábrica de San Ildefonso (18). Cumpliendo esa orden, el día 19 se presentó Núñez a las puertas de la fábrica mencionada, al frente de veinticinco hombres armados. Pero habiendo encontrado un gran número de obreros que obstruían su paso, ordenó que se hiciera fuego sobre ellos, hiriendo a tres o cuatro (19). Y no conforme con esto, aprehendió a cincuenta obreros, que en cuerda, fueron llevados a Tlanepantla y de ahí remitidos a Tepejil del Río, con la amenaza de que todo aquel que regresara o merodeara por las fábricas San Ildefonso o La Colmena, sería fusilado en el acto.

Así terminó la primera jornada del movimiento obrero mexicano.

Las sociedades de sastres y sombrereros, guardaron una actitud silenciosa y los ánimos decayeron.

Rhodakanaty volvió a insistir sobre la proyectada colonia agrícola, y en unión de Zalaçosta, partió para Chalco, en los últimos días de noviembre (1865). Villanueva y Villavicencio permanecieron en la capital; el uno dedicado a su trabajo escultórico y el otro a sus estudios de medicina.

MAYO 22 DE 1928.

(X) "La emoción que me embarga (con motivo del establecimiento de la Escuela Moderna y Libre en Chalco), sólo es comparable con la sentida en 1850, cuando satisfecho con la lectura de las obras de Proudhon, llegué a París a conocer al Maestro. Era yo entonces un mocetón robusto y satisfecho, y con inclinaciones burguesas, sin embargo, el espíritu revolucionario me atraía, y estaba por perder mis estudios".

(XX) En 1879 se publicó la segunda edición de este folleto. Un nuevo prólogo escrito para esta edición, no menciona la tentativa y el fracaso para organizar la colonia agrícola. La carátula, dice: "Cartilla Elemental Socialista o sea Catecismo Elemental de la Escuela Societaria de Carlos Fourier", por Plotino C. Rhodakanaty, fundador de la "Social", quien se dedica al uso, instrucción y práctica de las Clases obreras y Agrícolas de la República. — Imp. "El Socialista", México, 1879. — 24 pág. en 8.º

(XXX) Valverde y Tellez se refiere al opúsculo "Método panteístico del sistema filosófico de Spinoza", editado en 1885, como extracto del libro de

Rhodakanaty, publicado en 1864, al que hemos hecho referencia.

- (1) "Constitución de la sociedad particular de socorros mutuos". — México, 1853.
- (2) Página 2.
- (3) "Historia de la revolución de México contra el general Santa Ana", 1853-55, México, 1856. pág. 131.
- (4) Página 132.
- (5) Página 153.
- (6) "Constitución". — Págs. 4 y 5.
- (7) "Constitución para la sociedad de socorros mutuos". — 2da. edición, México, 1853. — Pág. 3.
- (8) Id. pág. 4.
- (9) "El Socialista", Núm. 34, México, septiembre de 1873.
- (10) Idem.
- (11) "Memoria del Ministerio de Hacienda, México, 1857.
- (12) "La Paz". — "Pequeña biografía de Plotino C. Rhodakanaty". — Chilpancingo, marzo 17 de 1873.
- (13) "El Socialista", México, 22 de abril de 1880.
- (14) "Pequeña biografía", "La Paz", Núm. cit.
- (15) Idem.
- (16) "Crítica filosófica o estudio bibliográfico y crítico de las obras de filosofía escritas, traducidas o publicadas en México". — México, 1904, Pág. 431-32.
- (17) "Francisco Zalacosta. Su vida". — "La Paz", Núm. cit.
- (18) "Diario del Imperio". — Ciudad de México, a 19 de junio de 1865.
- (19) "Francisco Zalacosta", cit.

## CUADROS DE LA GRAN CIUDAD



Sin pan y sin trabajo

PIERRE RAMUS

## LOS ELEMENTOS FUNDAMENTALES DE LA ORGANIZACION SOCIAL

### 4.—CIUDAD DE GUILDAS Y COMUNAS COLONIAS

Sólo la diversidad, la diferenciación, la integración y la unificación del trabajo llevan la comunidad humana a una más elevada cultura. Puesto que ésta es la aspiración principal de una sociedad comunista anarquista, debe dar el fundamento de una más perfecta cultura colectiva que la que habría en la asociación exclusivamente profesional; debe producir una asociación de las asociaciones, una reanimación de las guildas que llevaron en la edad media a un supremo florecimiento económico, sobre las más modernas bases culturales.

En la vieja sociedad consiste la constitución interna de la ciudad en el llamado consejo municipal, pero en realidad sólo es una organización perceptora de impuestos para el gobierno central. La administración comunal, por su parte, es una camarilla dictatorial de políticos y ciudadanos favoritos, influyentes y demagógicos. Todo lo que resuelve esa camarilla es ejecutado por sobre la cabeza de los miembros de la comuna. Estos sólo tienen que pagar los impuestos, los derechos y porcentajes. Los miembros de la comuna no poseen de ningún modo un derecho efectivo de codeterminación en los trabajos que han de llevarse a cabo, a lo sumo pueden dirigirse como suplicantes a la camarilla soberana administradora de la comuna, al consejo municipal, al consejo de la ciudad, a la alcaldía, al magistrado, etc. Si no están bien recomendados, si no son influyentes, si no son buenos pagadores de impuestos, sus solicitudes van a parar al canasto. Así se comporta en la ciudad como en la aldea la sociedad estatista del capitalismo.

La organización anarco-comunista de la sociedad debe comenzar completamente de nuevo, poner nuevos fundamentos, lo que es una comuna libre.

Esta resulta de otra necesidad. Las viejas constituciones comunales se desarrollaron en conexión con las circunstancias del mercado, de los puntos de empalme de los ferrocarriles, de los intereses del tráfico y en general de los intereses de la ganancia, es decir del beneficio. De aquí surge también el principio de la nacionalidad que aspiró a implantarse como elemento de dominación imperante en el Estado y para este fin regula la colonización arbitrariamente y no según elevados puntos de vista. Todo esto debe ser cambiado.

Ya que una nación abarca los tipos individuales y colectivos más diversos, que no se sienten de ningún modo homogéneos entre sí, la formación de la sociedad comunista anarquista rechaza el dejarse conducir exclusivamente por los principios lingüísticos de unidad y la formación caprichosa de las co-

munas. Todo individuo es soberano en el anarquismo comunista y por tanto hay que suponer que se formen principalmente federaciones sobre la unidad de idioma, completamente independientes, por sí mismas. Pero este no debe ser siempre el caso, pues las comunidades reposan en su mayoría en la homogeneidad del grado espiritual de cultura y el peso de las necesidades acordes.

\*\*\*

Este redondeamiento de la cifra de la población de nuestra imaginaria colonia no es de ninguna manera arbitraria. Se refiere a las condiciones dadas y exclusivamente a la población en la Austria todavía existente. Según una estadística de 1919, la población de la Austria anterior (28 1/2 millones) se distribuía en menos de 49.000 poblaciones. De modo que en término medio, con inclusión de todas las ciudades, en cada pueblo vendrían a vivir 124 familias con un número de 583 habitantes en 75 casas. Si distinguimos ahora la clasificación por su tamaño de todos los pueblos y ciudades de Austria, llamando aldea a un número de 500 habitantes; aldea grande de 501 a 2000 habitantes; plaza de mercado, de 2001 a 5000; ciudad pequeña, de 5001 a 20.000; ciudad mediana pequeña, de 20.000 a 50.000; ciudad mediana grande, de 50.001 a 100.000; gran ciudad a todas las que tienen más de 100.000 habitantes, entonces la población de la vieja Austria se distribuye en los siguientes tipos de población: 6.404.374 (22,41 por ciento) viven en aldeas; 9.873.500 (34,56 por ciento) en lugares de mercado; 4.522.487 (15,82 por ciento) en villas, así como 16.277.874 (56,97 por ciento) en pueblos y 20.800.361 (72,79 por ciento) en colonias que tienen aun carácter de pequeña ciudad. (Tomamos estos números de Otto Renner "Selbstbestimmungsrecht der Nationen".

Con esto cae también el reproche posiblemente promovido contra nosotros de que nuestra idea de una reorganización anarquista comunista sólo es valedera para los pequeños grupos humanos, pero no para las grandes comunidades populares (véanse al respecto las vulgaridades del marxista bolchevita Bukarin) como completamente ilógicas. Nuestro tipo de una comunidad de 10.000 hombres en término medio es un gran progreso de evolución sobre la proporción de la población de las colonizaciones de Austria, que hasta es tenido como un gran Estado.

Se tiene en consideración que cada comuna de la sociedad comunista anarquista abarca todos los oficios de la industria y de la agricultura y los elementos profesionales necesarios para hacer la comuna todo lo autónoma e independiente posible de las demás en sus necesidades elementales. Este principio

del automantenimiento, de una autarquía económico-social es necesario porque excluye todo sobrepeso, toda dependencia de una comuna ante otra y éstas, lo mismo que los individuos están frente a frente como personalidades libres e independientes, están frente a frente como corporaciones independientes y verdaderamente autónomas. Justamente este principio de la independencia igual abrirá el camino a una más pura solidaridad de las comunas, fomentará una especie más elevada de ayuda recíproca entre ellas en todos los casos de necesidad.

\* \* \*

Un impedimento muy importante para una transformación semejante de la vida social lo forman las grandes ciudades. Según sus disposiciones enteras son sólo rebaños de viciosos, de derroche, de ociosidad, de corbeas de trabajo y de caza al beneficio, lo cual es en especial condicionado por sus organizaciones fabriles y sus talleres. A esto se añaden el comercio y el tráfico obscuro que son ejercidos en ella del modo más vasto. Su existencia favorece indudablemente el nacimiento de un gran número de soportes técnicos culturales, de facilitamiento de las comunicaciones, también las posibilidades teatrales y científico-artísticas que en este momento, en el presente, no pueden conseguirse aún en el campo.

Pero hace ya mucho que los mejores y más inconvertibles espíritus han reconocido que la vida de la ciudad es un absurdo y una cosa antinatural. Ya la circunstancia de que los hombres, en una medida enorme, se abstraen a la naturaleza y a un modo natural de vida, actúa en el sentido de empobrecerlos y perjudicarlos. Este es el caso en todos los movimientos y en la vida de las ciudades. Los hombres que se consumen en ellas olvidan el trato con la naturaleza, pierden el contacto con los procesos naturales, la capacidad de la creación de los medios más necesarios para la vida humana, se alejan tanto de la madre tierra que pierden todo conocimiento de lo que puede ofrecer ésta en alegría natural vital para el trabajo y la lucha contra las dificultades y rudezas de la naturaleza, — tal conocimiento es falso o deviene falso.

Por eso la sociedad comunista anarquista no titubeará en extirpar radicalmente de la vida social ese factor de depravación que sólo florece en el sistema de explotación del nivel existente de existencia. Especialmente todas las ventajas y provechos supuestos que ofrece hoy la vida urbana, pueden ser trasplantados en la pequeña comuna también cuando no se tenga ya que considerar el principio de la rentabilidad y sus medidas desde el punto de vista de la ganancia.

Poco a poco las grandes ciudades serán demolidas y desmanteladas. Permanecen en la transición pobladas todavía de un modo idéntico a como lo estaban antes, pero cuanto más se elabora el nuevo orden de la vida tanto más se despueblan las ciudades y por fin se reducen rápidamente a lugares de provisión y de depósito, a centros industriales y fabriles que abandonan los hombres después de su jornada necesaria de trabajo, volviendo luego a sus comunas-colonias. Cuanto más se desarrollan las últimas como ciudades jardines, tanto más decaen las ciudades cuyo brillo aparente de otro tiempo ha desaparecido y se ha convertido exclusivamente en espacio para los grandes depósitos y talleres de las distintas guildas de producción.

En un concepto sin embargo conservan importancia las ciudades. A su alrededor, gracias a la notable evolución de las comunicaciones, en una periferia bastante amplia, se forman las nuevas comunas colonias; muchos habitantes de ciudades se adhieren a los pueblos circundantes. Como se sabe, casi todas las casas en el campo son construidas con vistas a ser alquiladas en las vacaciones del verano y en la mayoría de los casos los cuasi-propietarios, pesadamente oprimidos por las hipotecas, sólo mediante ese alquiler pueden cubrir los gastos de la casa. Esta circunstancia viene en favor de la reorganización de la sociedad. En el campo se halla espacio para muchas decenas de millares de familias urbanas. Así nacen las comunas-colonias, mientras que las ciudades, transformadas y modificadas, son dedicadas a otro objeto.

\* \* \*

Para mantener en lo posible libres las nuevas comunas de las exigencias técnicas del sistema fabril de las grandes ciudades, aquellas que son dignas de mantenimiento, son divididas en distritos de producción y de talleres por una parte y en distritos de provisión de las guildas por otra. En lugar de las calificaciones actuales: sentido y arbitrarias: "primer distrito", "segundo distrito", etc., las ciudades son de tal modo instaladas que en sus distintos distritos se establecen guildas de una rama determinada de la producción. En esos distritos especiales de las guildas sus productos, los productos de la rama correspondiente de la guilda son almacenados y depositados.

Para formarse una idea de cómo puede realizarse esto, planeamos un ejemplo aproximativo de la división conveniente de las ciudades en una sociedad comunista anarquista para la reorganización de la producción y de la distribución. De acuerdo a esto una ciudad sería dividida en las siguientes partes proximamente: en partes de la ciudad para las guildas:

1— Panaderías y confiterías; 2— Artículos para camas; 3— Imprentas; 4— Confección de blusas y batas; 5— Cepillos y pinceles; 6— Lavaderos químicos, tintorerías y limpieza; 7— Ropa blanca de mujer y niños; 8— Confección para mujeres, muchachas y niños; 9— Drogas, productos químicos (artículos de cirugía y gasas), artículos de goma; 10— Ferreterías; 11— Jugo de frutas y licores libres de alcohol; 12— Artículos de juego, de cuero y utensilios de viaje; 13— Especiería; 14— Productos de vidrio y bastidores; 15— Conservas comestibles y verduras; 16— Guantes de toda especie y medida; 17— Utensilios de cocina y caseros, artículos de porcelana, de vidrio y cacharrería; 18— Guardarropa de hombres y niños; 19— Ropa interior de hombres y de niños y corbatas; 20— Sombreros de señora, de hombre y de niño; 21— Elaboración de piedras preciosas, de oro y de plata; 22— Café, chocolate y cacao y confituras; 23— Ajueres para niños recién nacidos; 24— Cestería; 25— Peleterías; 26— Tinturas y colores; 27, 28 y 29— Artículos de corte y manufactura, artículos de lino y algodón, sastrería y modistería, géneros de lana y tejidos a malla; 30— Cuchillería, afiladero y productos de acero; 31— Despacho de leche y productos de granja; 32— Modistas (sombreros de señora, de muchachas y de niños) 32— Instalaciones de óptica y de fotografía; 36 y 37 — Papelería y artículos de dibujo, librerías y asuntos de literatura en general; 38— Paraguas y pasamanería; 39, 40 y 41— Bordados, bordados a mano,

puntillería para ropa interior de señoras y niños; 44— Jabón, velas, perfumería y artículos de toilette; 45— Cordelería (hamacas, aparatos de gimnasia, etc.); 46— Artículos de cuero y marroquinería; 49— Tapicería; 50— Alfombrería, cortinas, linoleum y toallas; 51— Pañerías y material de sastrería; 52— Relojería; 53— Costurería; 54— Técnicos dentistas y otras disciplinas médicas.

Naturalmente esta esquematización de la vida productiva es arbitraria. Puede alargarse a voluntad — como vegetariano convencido, abstinentes y antinicotinista, el autor ha dejado aparte completamente las ramas de industria que contradicen estos principios—, y a voluntad acortarse también. El objeto de este esquema es solo dar un cuadro de cómo hay que utilizar una ciudad en una organización anarquista comunista de guildas de producción. Naturalmente, cada comuna particular, todo individuo o guilda es libre para establecer talleres según su gusto o de suplantarlos por otros.

La conveniencia de este orden es notoria. Puesto que el trabajo de una rama determinada de producción y los lugares de provisión y de depósito de los productos de la misma se encuentran en igual distrito, es necesario para todos, bien para satisfacer su cuota de trabajo o para proveerse de este o de aquel artículo, ojear una lista de direcciones de las guildas distribuida a todos los habitantes de la comuna para poder orientarse inmediata y convenientemente.

De este modo permanece la ciudad, en tanto que se conserva en los cuadros de una necesidad objetiva, un centro del trabajo, de la comunicación técnico-industrial, de los pactos productivo-industriales, de los acuerdos y su realización. Nada impide construir para embellecer la ciudad como dominio del trabajo; así puede ser la ciudad antes lo mismo que después la morada del arte, de la ciencia, de los museos y de las exposiciones, que procura justamente por su gran acumulación humana la posibilidad de un rápido entendimiento. Y esta posibilidad se aprovechará siempre.

\* \* \*

Al contrario en las comunas-colonias situadas al rededor de las ciudades, fuera de las mismas, se desenvuelve la vida íntima y casera del hombre en el más íntimo contacto con la naturaleza. Precisamente porque están bastante alejados del proceso del trabajo de las industrias, quedan dispensados del acompañamiento del humo, de la suciedad, del ruido y de toda suerte de rudezas. Al mismo tiempo la vida del hombre libre tiene lugar más en el hogar que en los talleres. La agricultura, la jardinería, la horticultura y la fruticultura constituyen ocupaciones prevalentes en comparación con los trabajos industriales, que no son ejecutados ya en tiempo de la especulación, de la manufactura en gran escala de la exportación capitalista, sino sólo según las necesidades individuales y las aspiraciones de los individuos y de los grupos. La electricidad y la fuerza eléctrica ayudan a la agricultura del modo más sólido, de manera que su proceso de trabajo es infinitamente facilitado y por decirlo así completamente independiente de las alternativas del tiempo de la naturaleza.

Entre la vida en la comuna-colonia y la vida en la ciudad productiva transcurre el día. Sin reglamentación autoritaria o de otra dominación cualquiera, las distintas asociaciones de industria trabajan en sus distritos especiales según el deseo individual y

el acuerdo común. El término medio de la jornada de trabajo — cálculos completamente especializados de la misma se dan en otras partes de esta obra — en los distritos industriales asciende proximamente a 15, 16 horas semanales, que cada uno puede según su capricho cumplir y dividir solo o en comunidad con otros. El tiempo restante lo pasan ocupados los hombres en las comunas con la agricultura en general, con la lectura, la discusión y el arte, ocupando lo último la mayoría de las veces la tarde.

\* \* \*

Los elementos fundamentales más importantes de la vida social en el anarquismo comunista de las comunas-colonias y ciudades productivas son los siguientes:

Todos los instrumentos de trabajo en todos los distritos de la ciudad están a disposición libre de todos para su empleo. No pertenecen a ningún individuo particular, sino a todos colectivamente.

Los objetos producidos por los individuos son y quedan propiedad de ese individuo mientras los necesita. En tanto que no es este el caso van a los depósitos de provisiones, de donde son recibidos por todos los demás libremente y sin pago monetario o in natura; cambiando trabajo por trabajo, — no producto por producto —, sin atenerse a la determinación artificial del valor del libre derecho de disfrute y de aprovechamiento. *Producción libre y libre derecho de utilización de los medios de producción y de los productos forman el principio de propiedad del anarquismo comunista en los distritos de aprovisionamiento, de trabajo y de elaboración de la ciudad productiva.*

En las comunas-colonias sucede otra cosa. Tan pronto como se desenvuelve en cierto modo, cada familia posee su propia casita, que contiene una capacidad mínima por lo menos para seis u ocho cabezas, para los padres, dos hijos y abuelos. Toda casita es construida según deseo y disposición de los habitantes. Está siempre en medio de un espacio de mil metros cuadrados en redondo que comprende jardín de verduras y frutas, que puede ser mayor o menor según el número de los miembros de la familia. Entre las casas particulares están las praderas comunes para la vaca, criada para las necesidades individuales. Fuera de ellas están los campos de cebada, centeno y trigo, las tierras de cultivo de patatas, tubérculos, etc., que exigen gran espacio a consecuencia del voluminoso consumo y del cultivo común en grande escala. Bosques y ríos y su utilización son comunes, es decir libres para cada individuo.

En el cuadro y en el círculo de la propia casa encuentra su limitación natural el principio de comunidad del comunismo. Tan solo en la sociedad comunista anarquista es la propia casa un fuerte, algo sagrado, siendo la injuria más deshonrosa penetrar en ella contra la voluntad de su poseedor y habitante. Comunismo y anarquía se unen en eso, que la razón colectiva e individual de la naturaleza humana es elevada a una síntesis superior que se expresa en los derechos iguales y en las posibilidades naturales de ocupación tanto de los elementos personales como de los sociales en el hombre.

Así vemos, pues, como la burla de todos los que consideran en el comunismo una especie de "comunidad de cepillos para los dientes", sólo es un reflejo de su propia irreflexión, y el comunismo en el terreno de la anarquía ofrece una representación muy distinta de las relaciones jurídico-sociales e individual-

MAX NETTLAU

## Miguel Bakunin desde sus comienzos hasta 1864

### II

Todo esto, una continua acumulación de irrealidades y de duros hechos, tiene mucho interés biográfico; aquí nos interesa el federalismo de Bakunin, tal como lo expuso en el proyecto presentado en la sección rusopolaca del congreso eslavo de Praga, que sólo en parte, como "Estatutos de la nueva política eslava," se publicó en 1848 sin el conocimiento de Bakunin (1). Ese documento hace posibles deducciones retrospectivas sobre las concepciones políticas y sociales de Bakunin por aquella época. Presenta para el ingreso de los pueblos eslavos en la unión, con su independencia interna, el siguiente fundamento común: "... 1 ... Igualdad de todos, libertad de todos y amor fraternal. Bajo el cielo del esclavismo libre no hay esclavos (ni en lo relativo al derecho ni en lo referente a la acción)... No impera entre ellos otra desigualdad que la creada por la naturaleza... La aristocracia de los sabios y artistas, la hermana mayor en el pueblo, tiene que fundirse en la masa del pueblo para que extraiga de ella nueva vida y en reciprocidad la guía a la instrucción conquistada por el tiempo. 2. En el grande y bendito espacio que han ocupado las tribus eslavas, hay puesto bastante para todos, por eso cada uno debe ser partícipe en la posesión del pueblo y ser útil a todos". 3. Derecho de residencia de todo eslavo en el seno de otros pueblos eslavos. 4. El consejo velará por la realización de estas prescripciones.

Ese "consejo eslavo"... "dirige todo el pueblo eslavo como el primer poder y el más alto tribunal"... "Toda conducta injusta de un pueblo eslavo, que persiga una alianza particular en el seno de todo el esclavismo unificado, o la dominación de otra tribu eslava, sea por la diplomacia o por la violencia, con el propósito de fundar un fuerte poder central que pudiera aniquilar o limitar el poder de todo el esclavismo"

personales. Todo lo que es necesario para la persona es en el anarquismo comunista posesión individual, siendo sólo posesión común lo restante frente a la comunidad de las familias o grupos completamente autónomos; sólo todo lo colectivo, que es colectivo según el proceso de elaboración como por la posibilidad de aplicación, en tanto que en ambas relaciones sobrepasa todo principio individual de posesión, es propiedad comunista, es decir una propiedad que pertenece a la comunidad y que es puesto por ella a disposición libre de cada individuo, sea utilizado y administrado individual o colectivamente.

mo unido, se ejerza en bien de un pueblo o también de varios de los pueblos asociados, pero en perjuicio de otros: ser considerado como un crimen y una traición perpetrada contra todo el esclavismo. Los pueblos eslavos, que quieran formar parte de la federación, tienen que renunciar completamente a su poder y entregarse directamente en manos del consejo y en lo sucesivo no pueden buscar su grandeza particular en el desarrollo de su dicha y de su libertad".

"Sólo el consejo tiene el derecho a declarar la guerra a potencias extrañas. Ningún pueblo puede individualmente declarar una guerra, sin el consentimiento de todos"... "La guerra interna entre las tribus eslavas debe ser prohibida como una mancha, como un fratricidio. Si surgen disidencias... deben ser liquidadas por el consejo, y la decisión de éste debe ser realizada como si fuese sagrada"...

"Ninguna tribu eslava puede concertar una alianza con pueblos extraños; ese derecho corresponde exclusivamente al consejo; nadie puede poner tropas eslavas bajo la dirección de otro pueblo o de política extranjera"...

Según la "Confesión", los planes de Bakunin comprendían también la adhesión de los magyares, de los rumanos y de los griegos, y por ese medio la fundación de un "solo Estado oriental libre" con Constantinopla como capital (Mat., I. pág. 171-172).

Aun cuando esa federación eslava no debía comprender ningún pueblo subyugado — "además, ellos (los eslavos) han odiado demasiado el yugo extranjero para querer imponer algún día su yugo a otros pueblos" (2) — y bien que debían existir la paz y la amistad con el resto de la Europa igualmente organizada, en el camino hacia ellas había, exceptuando una federación general voluntaria de Europa, ciertos factores determinantes que Bakunin conocía muy bien. Vió en qué grado inspiraba a los eslavos el odio a los alemanes... "El odio contra los alemanes es el primer fundamento de la unidad eslava y de la entente recíproca de los eslavos; está tan fuertemente arraigado en el corazón de cada eslavo que ahora mismo estoy convencido, Majestad, de que tarde o temprano, y de un modo u otro, cualesquiera que sean las condiciones políticas de Europa, los eslavos sacudirán el yugo alemán, y que llegará el momento en que no habrá más eslavos, prusianos, austriacos y turcos" (Confesión; Mat. I, pág. 146). Ese momento llegó realmente en 1918-1919, pero de ningún modo en el sentido de la federación eslava; aquí está lo esencial, es decir, que la liberación nacional emplea todos los medios, y necesita tener por finalidad no

menos que la federación. Un ejemplo de ese odio lo ofrece Bakunin mismo, que dice al zar respecto a su residencia en Breslau inmediatamente después del congreso eslavo, que entonces "no podía oír hablar alemán ni escuchar el acento alemán, y me recuerdo que cuando vino entonces hacia mí un pobre hombre alemán a pedirme una limosna, apenas me contuve de pegarle" (pág. 182). Comenzó igualmente entonces (junio-julio de 1848) un escrito dirigido al zar, pidiéndole perdón, y "le rogaba, Majestad, en nombre de todos los eslavos subyugados, que acudiera en su ayuda, que los tomase bajo su poderosa protección, que fuera su salvador, su padre, y al proclamarse zar de todos los eslavos, plantara por fin la bandera eslava en el occidente de Europa para terror de los alemanes y de todos los demás opresores y enemigos de las razas eslavas" (3). Bakunin volvió en sí y destruyó ese escrito, del que no conocemos más que ese pasaje, esta vez una verdadera confesión y que naturalmente puede ser también una pura ficción ante el zar. Pero cuando a él le ha llevado tan lejos su pasión nacional, qué no ocurrirá con todos los demás, que no poseen su valor intrínseco! Por eso no podía ni para Bakunin ni para ningún otro acercarse a su objetivo un federalismo nacional teórico inspirado por la pasión y el odio nacionales: al primer paso degeneró en la intriga política, llevó a la guerra vulgar y a nuevas formaciones, que son las diametralmente opuestas al federalismo, es decir, a la más alta expresión del estatismo, pues desde el odio no llega ningún camino a la solidaridad (4).

Las ideas de Bakunin desde 1848 a 1849 abarcaban la necesidad de una revolución campesina que apenas quería nadie comprender; anhelaba el "desencadenamiento de las malas pasiones" y la destrucción de los palacios, el incendio de los documentos del Estado y de la propiedad (5) eran los medios que tenía por necesarios para la consecución de un objetivo principal, el de la destrucción de esa manera del viejo estado de cosas para que fuera imposible su restauración aun en el caso de la derrota de la revolución (Confesión, pág. 198-199). Consideraba también importante obrar mediante sociedades secretas, primero en 1848 relativamente sin éxito a causa de una compañía con las diversas naciones eslavas; en el invierno de 1848-49 más intensivamente por las organizaciones secretas simultáneas pero separadas y unidas sólo por él de los checo y los alemanes en Bohemia. Finalmente su menosprecio del parlamentarismo, que había conocido como corrompidos, incapaces e impotentes en París en la época de Luis Felipe, y en 1848-49 en todos los nuevos parlamentos, le llevó a tener por conveniente después de la revolución, o sea durante su curso... "un gobierno revolucionario con poder dictatorial ilimitado" (ejemplo: Praga; pág. 200), "una fuerte violencia dictatorial" (por ejemplo, para la república rusa; pág. 172-176).

Vemos ya aquí una gran serie de ideas expresadas más tarde a menudo y detalladamente en forma bien consciente. Una excepción la constituye el problema de la dictadura. Tal problema no entraba en consideración entonces para la mayoría de los socialistas, que veían su misión sea en la actividad pacífica, vo-

luntaria (asociaciones) o en la política parlamentaria. Bakunin tenía presente la verdadera revolución y la quería; entre la incapacidad parlamentaria y la dictadura después de la revolución, eligió la dictadura — o dijo al menos eso al zar Nicolás. Pues desde 1864 la base de su actividad tenía la idea de mantener la revolución en el buen camino por una "dictadura invisible" de una sociedad secreta — sobre esto diremos algo más tarde, — y en la gran continuidad de sus puntos de vista no es imposible que esa idea — que le parecía salvadora contra el parlamentarismo y contra la dictadura — la tenía ya en 1848-1849, pero le pareció innecesario comunicarlo al zar, a quien hablaba en sentido diversivo de la dictadura abierta, la única que podía serle comprensible. Sea como quiera, lo cierto es que se desarrolló contra la dictadura, no hacia ella, y sólo no se puede establecer el momento exacto en que halló la salida de la "dictadura invisible", pues sobre ello ha callado. Esa idea puede haber sido excitada en él hacia mucho tiempo por lo que oyó en 1840-50 sobre Bounarroti o sobre el "comité directeur", sobre ciertos grupos íntimos que estaban tras las grandes sociedades secretas y que eran sus verdaderas guías, etc. Las ideas ulteriores de la espontaneidad absolutista o de la deliberación general según el modo de las comunidades agrarias rusas, no tuvieron entonces ninguna importancia, pero sí, a partir del siglo XVIII, el tiempo de los masones y de los iluminados, luego, desde el período de los carbonarios, la idea de la dirección secreta.

Bakunin, por dispuesto que estuviera a la acción en 1862-63, tuvo que convencerse, por el desarrollo de los acontecimientos, la extinción de la insurrección polaca, la actitud puramente socialista, no interesada en el esclavismo, de los revolucionarios rusos, etc., y por muchos encuentros personales en su viaje del invierno de 1863-64 por Bélgica, Francia, Suiza e Italia, que los problemas europeos de las nacionalidades estaban hacia mucho por completo en manos de los gabinetes, que Napoleón III, Bismarck y Cavour eran los inspiradores y guías de los acontecimientos, y no Mazzini, Garibaldi, Kossuth o Klapka; que los pueblos eslavos tenían los ojos puestos en el zar y se sentían comprometidos por Bakunin. Sin abandonar en lo más mínimo sus ideales eslavos — la continuidad se remonta en él hasta muy atrás y se extiende hacia adelante hasta su último suspiro, — lo dejó a un lado resueltamente y apareció en Italia en 1864-1867, decididamente contra el nacionalismo, tanto contra el de los círculos triunfantes, de los llegados al poder como contra el todavía no saciado, y realmente nunca saciado de Mazzini y Garibaldi y de sus numerosos partidarios. Vió cada vez más claro el despertar europeo, un nuevo 1848, que inauguraría la derrota o la muerte de Napoleón III en un tiempo no lejano, y que el objeto de su actividad era entonces hallar y asociar elementos que preservarían la nueva revolución de los extravíos, fracasos y de la derrota final de la revolución del 48. La creciente propaganda socialista, de la organización y de las relaciones internacionales de los trabajadores no le escaparon desapercibidos, como tampoco el hecho de

que los obreros no se habían vuelto por eso más capaces de acción revolucionaria. Por eso consideró como sumisión inmediata el crear un círculo íntimo de revolucionarios que colaborasen conscientemente y con ese fin fundó en la primavera o en el verano de 1864 en Florencia una sociedad secreta, a la que en el curso de su viaje del verano y del otoño a Suecia con pausa en Londres, París, etc., dió extensión internacional y en favor de la cual trabajó desde entonces sin descanso. Vió en ese viaje por última vez a Marx, que lo visitó en Londres un mes después de la fundación de la Internacional y deseó interesarlo por ésta, igualmente en París a Proudhon, que, gravemente enfermo, estaba muy próximo a la muerte. Sabemos, por desgracia, muy poco de esos dos encuentros; pero su resultado es claro. Bakunin no buscaba ni con Marx ni con Proudhon una estrecha convivencia, sino que fué por su propio camino. Entonces entraron los hermanos Reclús en su círculo íntimo.

Lo que escribió en 1844-1847 en París se ha perdido; desde entonces hasta fines de 1863 no tuvo ningún aliciente para la exposición de sus ideas socialistas; sólo los escritos destinados a Rusia de 1862 se aproximaba a ese objeto, sin penetrar en él. Según toda probabilidad concretó sus ideas en 1864 al fundar la sociedad secreta, pero esto y sus copias y la mayoría de las cartas de 1865 se perdieron, a excepción de algunos fragmentos de un largo manuscrito exponiendo sus ideas a los masones italianos. Por ellos y por la exposición programática detallada que designó "Catecismo revolucionario", de los primeros meses de 1866, conocemos por primera vez exactamente las ideas socialistas de Bakunin y su táctica revolucionaria (6).

(1) "Sin mi conocimiento y sólo fragmentariamente en un periódico checo" (Bakunin en la *Confesión*, 1851; Polonsky, *Materialy*, I, 1923, pág. 256). — Primeramente en julio de 1848 en *Dziennik domowy* de Posen, luego en *Wccla* (Praga) checo, del 16 de septiembre, y en alemán en los *Jahrbücher fuer slawische Literatur*, de Leipzig, 1848, Núm. 49, pág. 257-260; de ahí se tomó en *Briefwechsel*, 1895, pág. 285-289. — En noviembre de 1861 apareció una copia en la revista ginebrina *Cech...* (La voz libre de la Bohemia, Núm. 11, pág. 81-83, según la cual el original se había perdido en Praga, y el polaco K. Ciegłowicz (muerto en 1858) había entregado al editor (¿J. V. Fric?) una traducción polaca hecha por él. Los textos de 1848 y 1861 coinciden, de modo que la publicación de julio de 1848 procedería tal vez también de Ciegłowicz? No sé si han salido a luz en los últimos ocho años los documentos del congreso eslavo en Bohemia o en Polonia.

(2) Con consecuencia no defiende, por lo demás, Bakunin, este punto de vista, cuando declara en la *Confesión* (*Mat*, I pág. 206) que los "tchecos, que forman las dos terceras partes de la población bohemía, querían y, digo yo, con plena razón, que Bohemia fuera un país exclusivamente eslavo, en completa independencia de Alemania"... (se trata aquí de las elecciones al parlamento de Franfort). Entonces no tuvo Bakunin la idea de conceder a los alemanes en Bohemia un campo de acción independiente o el derecho de secesión.

(3) Según la expresión rusa la Europa occidental abarca también Alemania y en general la Europa central.

(4) No puedo juzgar en qué grado estaba Bakunin al tanto de la "Sociedad de los eslavos unidos", federalista, de 1823, que se unió en 1825 con la sección

sud-rusa de los decabristas, y sobre las ideas de N. J. Kostomaroff (1817-1885) — y su *Programma ukrainskich panslawistof* 1846 — Más detalles en las memorias de Gorbatshevski (*Russkii Archiv*, 1882, cuaderno 2); Dragomanof en *Русское Слово* (Ginebra), Núm. 52-53, 1883; carta de N. J. Kostomaroff al editor de "Kolokol" (Ginebra, 1885), págs. IV-VI; la autobiografía de Kostomaroff en *Russkaja Myst*, mayo, junio de 1885; sobre la sociedad ucraniana-eslava, según D. P. Golochvastoff (*R. Archiv*, julio de 1892, pág. 335-359), etc.

(5) Proudhon escribió el 20 de julio de 1850 (Corr., XIV, pág. 306): "... los más exaltados (los campesinos franceses descontentos) hablan incluso de destruir los títulos de propiedad, o para emplear su expresión pintoresca, de quemar todos los papeles"... El incendio de los castillos en los comienzos de la revolución francesa se produjo en esa forma; Bakunin aconsejaba siempre esa destrucción, cuyas tres raíces serían: el odio del pueblo contra los documentos y papeles de los juristas y funcionarios que sellan formalmente su servidumbre, y el deseo de venganza contra el incendio de las aldeas en tiempo de guerra, finalmente una especie de ejecución propia de la pena eclesiástica tan a menudo vista de la hoguera. Tal vez habían fascinado también al joven Bakunin las noticias y la leyenda del gran incendio de Moscú en 1812.

(6) Lo expuesto aquí sumariamente es ilustrado con más detenimiento en mi "Michael Bakunin. Eine Biographie" (London, 1896-1900, 837 y 446 págs. Fol.), copiada en 50 ejemplares, a la que se anuda una nueva biografía todavía inédita, en 4 volúmenes (unas 1500 páginas, 1924-26), que probablemente aparecerá primero en idioma español en Buenos Aires. En ella se basan algunos resúmenes míos: "Michael Bakunin" (Berlín: Neues Leben, 1901, 64 págs. en 8.º con epílogo de Gustav Landauer; en italiano, Messina, 1904; en ruso, Petersburgo, "Golos Truda", 1920); una serie de artículos en "Roeda Fanor" (Stockholm, año 1921); "Miguel Bakunin" (México, 1925, 32 páginas), etc.; además resúmenes detenidos sobre algunos detalles de las relaciones italianas, españolas y rusas de Bakunin en la época de la Internacional (*Archiv fuer die Geschichte des Sozialismus...*, Leipzig, vol. II, IV y V, 1912, 1913, 1915); las relaciones españolas han sido descritas más detalladamente aún en "Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España" (1868-1873), Buenos Aires, Editorial LA PROTESTA (1925, 132 pág.), además la actividad de Bakunin desde agosto de 1870 a junio de 1871 y otras cosas en las introducciones a la traducción española de escritos selectos de Bakunin (*Obras Completas*, Buenos Aires, LA PROTESTA). También las notas de las *Werke* alemanas (Berlín, "Der Syndikalist") dan algo de ese material. Un libro italiano, "Miguel Bakunin y la Internacional en Italia desde 1864 a 1872", escrito en el otoño de 1926 y que aparecerá en breve, trae algún material nuevo.

Algunas partes las resumió Victor Dave en "Michel Bakounine et Karl Marx" (París, "L'Humanité Nouvelle", 1900, 24 págs. gr. 8.º; diversamente traducido). James Guillaume, *L'Internationale* (París, 1905-1910, 4 vol.) utiliza la biografía y los suplementos manuscritos, 1903-1905 en numerosos pasajes y constituye también la base del libro del doctor Fritz Brupbacher, "Marx und Bakunin" (Munich, 1913, 202 págs.), así como de partes esenciales de "L'Internationale" de G. Domanicos (Florencia, vol. I., 1864-1870, XXXIX, 200, 6 págs.). — Mi biografía y el libro del doctor Brupbacher son designados por Ricardo Huch como fuentes principales de su "Michael Bakunin und die Anarchie" (Leipzig, 1923, 271 págs.).

Fueron comenzadas otras biografías por G. Steklhoff (en ruso, vol. I, Moscú 1922, 418 págs. — segunda edición, 1925, VII, 472 págs.). — Las diversas biografías menores son algunas veces interesantes por sus autores y su redacción, pero raramente contienen nuevo material, y muy a menudo están llenas de inexactitudes y lagunas esenciales.

En cambio, en los últimos años se dan a conocer en Rusia, como antes ocasionalmente por N. Riasanoff, también por adversarios de Bakunin, cartas y documentos, en las grandes revistas históricas de la revolución, *Byloe* (allí también en el tiempo de V. Burzeff, como en *Minuschie Gody*), *Kraksist*, *Proletarskaya Revoljuciya*, etc., y en la gran obra de V. Polonsky, *Materialy dlia biografii M. Bakunina...* (Moscú, vol. I, 1923, XII, 440).

La *Confesión*, diversamente citada (agosto de 1851) fué editada primeramente como *Ispoved i pismo Alexandru II* (Moscú, 1921, 142 págs. gr. 8.º), luego en texto exacto en los *Materialy* de Polonsky, I, págs. 95-248 (1923). A ella se anudó antes de haberse conocido en su texto, y después, una polémica inconveniente antibakuniana, que ahora en la segunda edición de la *Biografía de Polonsky*, I, 1925, es esencialmente reducida, en especial en base a las cartas secretas de Bakunin desde la fortaleza, 1854, publicadas en los *Años de peregrinación de Korniloff*. Después de la aparición de la traducción rusa puede ser que se renueve esa polémica. Aquí remitimos a las manifestaciones del compañero ruso de Bakunin, M. P. Saschin (A. Ross), y más en *Unser Bakunin* (Berlín, "Der Syndikalist", 1926). Una edición francesa está también en preparación. He examinado exactísimamente la *Confesión* y he escrito centenares de notas para una proyectada reedición rusa, igual que artículos y series de artículos en "Freie Arbeiterstimme", "Umanitá Nova", "Le Libertaire", "Freedom", "Roeda Fanor" (1922 y 1925). Es un documento en extremo complicado, por el cual conseguí Bakunin su objeto, empuñando su personalidad, que era quedar impune de una verdadera investigación inquisitorial por los asuntos polacos y otros, lo que fué en beneficio de su causa. Tras la aparente franqueza se oculta la más profunda reserva. Legítimo es sólo el tono nacionalista, que volvemos a encontrar idéntico algunas veces en muchas cartas y manuscritos escritos en completa libertad. La forma tenía que adaptarse al rol aceptado, y por extraño y penoso que pueda parecernos el documento a la primera impresión, todo se esclarece bien cuando es examinado con conocimiento del numeroso material relativo al caso.

— (:: ) —

## Bibliografía

Hay Ryner — "Pequeño manual individualista" — Buenos Aires — Editorial Atlas (J. Raggio, Olave 1754, Buenos Aires). — 115 págs. — \$ 1.00.

Un pequeño volumen bien impreso, de lectura fácil, compuesto por varios trabajos de Han Ryner, uno de ellos el "Pequeño manual individualista" que da el título del conjunto.

Buscaría en vano el que buscara en Han Ryner una doctrina con sus definiciones y sus ordenaciones académicas; la mejor virtud de este escritor, aparte de su estilo, de su prosa agradable y de su dicción, consiste en sacudir en el alma el cimientito de todos los dogmas, de todas las cristalizaciones. Nosotros no podemos decir en pocas palabras las objeciones que se nos ocurren al leer este pequeño volumen, objeciones teóricas y doctrinales; pero por lo demás, al hacer eso incurriríamos en un error: el de pretender hacer de Han Ryner, que es un gran literato, un filósofo escolástico.

## Apareció

"DIOS Y EL ESTADO"

4.º volumen de las Obras Completas de  
— Miguel Bakunin —  
Precio del ejemplar, \$ 1.50

Haga el pedido a: Editorial LA PROTESTA  
Perú 1537 — Buenos Aires

Enrique Dickman: — "Páginas socialistas" — B. Aires, 1928. — 209 págs. en 8.º

Hemos recibido este volumen compuesto por una serie de artículos, conferencias y estudios de Dickman. Todo ello está inspirado por un espíritu de propaganda socialista partidista, por lo cual es innecesario advertir que no concordamos con muchas de sus afirmaciones. Sin embargo, hay páginas objetivas sobre la migración, que tienen interés general y rememoraciones históricas que hemos leído con atención. Todo el libro refleja la orientación del partido socialista y vale la pena tenerlo en cuenta para cuando nos propongamos refutar serenamente esas ideas, que son, a nuestro juicio, una desviación del verdadero concepto del socialismo.

Como se trata aquí de páginas de propaganda partidista, no podríamos exigir a Dickman un poco más de objetividad, como podríamos exigirle de otro libro suyo, de más pretensiones, "Marx y Bakunin" o de su folletito "Historia del primero de mayo", en las cuales también el interés partidista se sobrepone con frecuencia, a la verdad.

— :: —

El próximo número de esta revista...

1914 — ¡ GUERRA A LA GUERRA! — 1928

En oportunidad del 14 aniversario de la declaración de guerra hemos decidido editar un número especial de propaganda antimilitarista, profusamente ilustrado y con una selección de materiales susceptibles de dar una impresión previa al lector sobre los contornos de la guerra que viene.

Pensamos dar 40 páginas de texto y poner a disposición de los compañeros un excelente instrumento antimilitarista.

Los agentes, paqueteros y compañeros que estén dispuestos a propender a la difusión de este número especial, deben apresurarse a enviarnos sus pedidos para regularizar el tiraje.

A la fiebre armamentista y guerrera que se apodera del mundo es preciso oponer por nuestra parte una propaganda adecuada para deshacer el funesto hechizo.

Compañeros, divulgad el próximo número del "Suplemento". El precio del ejemplar será siempre de 20 centavos.

# Libros y folletos publicados por la Editorial LA PROTESTA

## MAX NETTLAU—

Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España. (1886 - 1873). — 132 págs. . \$ 0.50  
Edición especial, papel pluma . „ 1.—  
Encuadernado en tela . . . . „ 2.50

Errico Malatesta, la vida de un anarquista. Trad. de D. A. de Santillán. — 262 págs. . . . „ 1.20  
Edición especial, papel pluma . „ 2.—  
Encuadernado en tela . . . . „ 3.50

Fernand Pelloutier y el sindicalismo (folleto) . . . . . „ 0.15

## RUDOLF ROCKER—

Johann Most, la vida de un rebelde.— Prólogo de A. Berkman. Dos tomos de 350 págs. cada uno. Precio, cada tomo „ 1.50  
La maldición del practicismo. 32 págs. . . . . „ 0.10

## RUDENKO—

En Ucrania. — La sublevación popular y anarquista. — Trad. del ruso, por J. Company . . „ 0.15

## JAMES GUILLAUME

Miguel Bakunin. (Noticias biográficas). 42 págs. . . . . „ 0.20

## MIGUEL BAKUNIN—

(OBRAS COMPLETAS)

I La Revolución Social en Francia. — Tomo primero. Prólogo de Max Nettlau. Trad. de D. A. de Santillán. Un vol. de 329 págs. „ 1.50

II La Revolución Social en Francia. — Tomo segundo. Pról. de Max Nettlau. Un vol. de 287 págs. . . . . „ 1.50

III Consideraciones filosóficas. Pról. de Max Nettlau. Un volumen de 350 págs. . . . „ 1.50

IV Dios y el Estado. Prólogo de Max Nettlau. Un volumen de 276 págs. . . . . „ 1.50  
Los mismos, encuadernados en tela . . . . . „ 3.50

## ERRICO MALATESTA

Anarquía. — 48 páginas . . . „ 0.20  
En el Café. — Trad. de D. A. de Santillán. Prólogo de Luis Fabbri. 108 págs. . . . . „ 0.30

## PEDRO KROPOTKIN

Conferencias. — 1) El Estado, su rol histórico. El Estado Moderno. — Un vol. de 146 páginas . . . . . „ 0.50  
Encuadernado en tela . . . . „ 1.50  
A los jóvenes. — 28 págs. . . . „ 0.10

## LUIS FABBRI—

Cartas a una mujer sobre la anarquía.— Un tomo de 110 páginas . . . . . „ 0.50  
Influencias burguesas sobre el anarquismo. — 48 págs. . . . „ 0.20

C. LOMBROSO y R. MELLA  
Los anarquistas. (Estudio y réplica). Un vol. de 166 págs. „ 1.—  
NIDO, ROCKER y NEMO

Nacionalismo y anarquismo. — 64 págs. . . . . „ 0.20

## SEBASTIAN FAURE

Mi Comunismo. (La felicidad universal). — Un volumen de 432 págs. . . . . „ 2.—  
Encuadernado en tela . . . . „ 3.50

## “TEMAS SUBVERSIVOS”

Un volumen de 350 págs., \$ 1.50  
La falsa redención . . . . . „ 0.10  
La dictadura de la burguesía . . „ 0.10  
La patria de los ricos . . . . . „ 0.10  
La podredumbre parlamentaria „ 0.10  
La moral oficial y... la otra . . „ 0.10  
La mujer . . . . . „ 0.10  
El niño . . . . . „ 0.10  
Las familias numerosas . . . . . „ 0.10  
Los oficios odiosos . . . . . „ 0.10  
Las fuerzas de la revolución . . „ 0.10  
La conmoción revolucionaria . . „ 0.10  
La verdadera redención . . . . . „ 0.10

## J. DEJACQUE

El Humanisferio. — Un vol. de 142 págs. Pról. de M. Nettlau y Eliseo Reclus . . . . . „ 0.50

## ELISEO RECLUS

A mi hermano el campesino . . \$ 0.10

## JUAN CRUSAO

Carta Gaucha. 6.ª edición . . . „ 0.10

## D. A. DE SANTILLAN

La jornada de seis horas. — Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo. 28 págs. „ 0.10

## AGUSTIN SOUCHY

La Ucrania revolucionaria. Resultado de un viaje de estudio desde abril a octubre de 1920. — Un vol. de 62 págs. „ 0.30

## S. RADOWITZKY

La voz de mi conciencia. — 16 páginas . . . . . „ 0.10

## VARIOS

Certamen Internacional de LA PROTESTA.—160 páginas en 4.º, encuadernado en tela . . „ 2.—